

Proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre

Diana Alexandra Latorre Murillas

Director: Diego Fernando Mercado Lenis



Instituto de Psicología

Programa de Psicología

Guadalajara de Buga

2019

## CONTENIDO

|                                                                                                                             |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Introducción.....                                                                                                           | 5  |
| Metodología.....                                                                                                            | 8  |
| Capítulo I. El duelo infantil: frente a la pérdida de un padre o madre.....                                                 | 11 |
| Capítulo II. La concepción general psicoanalítica sobre el duelo.....                                                       | 27 |
| Capítulo III. El lugar del ritual en la elaboración del duelo.....                                                          | 36 |
| Capítulo IV. El trabajo de duelo ( <i>Al: Trauararbeit</i> ).....                                                           | 43 |
| Capítulo V. El duelo infantil un puente entre el dolor y la posibilidad de seguir creciendo.....                            | 47 |
| Capítulo VI. Los cuentos de hadas, el juego y el dibujo infantil como recursos de simbolización para tramitar el dolor..... | 52 |
| Capítulo VII. El papel de lo simbólico y el niño como agente activo en el duelo infantil.....                               | 67 |
| Capítulo VIII. Reflexiones. El proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre.....            | 72 |
| Referencias.....                                                                                                            | 84 |

*Proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre*

*Diana Alexandra Latorre Murillas  
Universidad del Valle  
Guadalajara de Buga  
2019*

*Resumen*

*La presente monografía aborda aspectos relacionados con “el proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre”: los recursos internos y externos de afrontamiento, aspectos socioculturales y del ambiente familiar, recursos de simbolización como los cuentos de hadas, el juego y el dibujo infantil.*

*Se toma como punto de referencia el marco teórico ofrecido por el psicoanálisis freudiano acerca de la concepción del duelo y del “trabajo de duelo”, así como lo abordado por otros autores quienes aportan planteamientos significativos acerca del duelo infantil. Se plantea como objetivo general, reflexionar sobre el papel activo que pueden desarrollar los niños durante el proceso de elaboración del duelo por la pérdida de un padre o madre.*

*En cuanto a los objetivos específicos se plantea en primer lugar, analizar los aspectos del duelo que son específicos a la infancia y que lo diferencian del duelo adulto. En segundo lugar, conocer los recursos utilizados por los niños para elaborar el duelo por la muerte de uno de sus padres y, en tercer lugar, desarrollar reflexiones personales sobre la temática correspondiente al proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre.*

*Palabras clave: Duelo infantil, proceso de elaboración, recursos de simbolización.*

*Elaboration process of mourning in children for the loss of a father or mother*

*Diana Alexandra Latorre Murillas  
Universidad del Valle  
Guadalajara de Buga  
2019*

*Abstract*

*This monograph addresses aspects related to "Elaboration process of mourning in children for the loss of a father or mother": the internal and external resources of coping, sociocultural aspects and of the family environment, resources of symbolization such as fairy tales, play and children's drawing.*

*The theoretical framework offered by Freudian psychoanalysis about the conception of mourning and "mourning work" is taken as a point of reference, as well as that addressed by other authors who contribute significant approaches to childish mourning. The general objective is to reflect on the active role children can play during elaboration process of mourning in children for the loss of a father or mother.*

*About the specific objectives, it is first proposed to analyze the aspects of mourning that are specific to childhood and that differentiate it from adult mourning. Secondly, to know the resources used by children to prepare mourning for the death of one of their parents and, thirdly, to develop personal reflections on the subject corresponding to Elaboration process of mourning in children for the loss of a father or mother.*

*Key words: childish mourning, elaboration process, symbolization resources.*

## Introducción

Desde que Freud (1917) expone sus ideas sobre el duelo, este empezó a considerarse como un elemento de mayor interés para los investigadores de aquella época, sobre todo por parte de la psicología se empezaron a construir hipótesis sobre el duelo por muerte, no obstante, se ignoraba el impacto de este proceso en los niños, porque se creía ingenuamente que estos no tenían una noción clara de la pérdida.

Hay autores como Martha Wolfenstein (citada por Worden, 2013), para quien los niños no pueden elaborar un duelo hasta que no tienen formada por completo su identidad, lo que se produce al final de la adolescencia, cuando la persona está plenamente diferenciada.

Autores como Erna Furman (citada por Worden, 2013) adopta la postura opuesta y refiere que los niños ya son capaces de elaborar un duelo a los tres años, cuando llegan a la etapa de la permanencia de los objetos. Por su parte, Bowlby (citado por Worden, 2013), disminuye esta edad a los 6 meses.

Teniendo en cuenta lo anterior, la temática de la presente monografía aborda aspectos relacionados con “el proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre”, y en este sentido pretende dar respuesta al interrogante acerca de *¿Cómo los niños desarrollan un papel activo durante el proceso de elaboración del duelo?*

En este orden de ideas se toma como punto de referencia el marco teórico ofrecido por el psicoanálisis freudiano acerca de la concepción del duelo y del “trabajo de duelo”, así como lo abordado por otros autores quienes aportan planteamientos significativos acerca del duelo infantil.

El desarrollo de la presente monografía se encuentra conformado por *ocho capítulos*. El *primero* de ellos denominado *El duelo infantil: frente a la pérdida de una padre o madre*, corresponde a un capítulo introductorio, de contextualización de la temática y de los propósitos de la presente monografía, considerándose relevante el poder realizar un acercamiento a los aspectos más significativos que entran en juego en el trabajo de duelo infantil.

En el *segundo* capítulo se abordan aspectos relacionados con *la concepción general psicoanalítica sobre el duelo y el duelo infantil*, en cuyo capítulo se presentan conceptualizaciones sobre este, la diferencia entre el duelo y la melancolía y se presentan algunas referencias en torno a cómo los niños afrontan o dan respuesta a la pérdida de alguno de sus padres.

En un *tercer* capítulo, llamado, *El lugar del ritual en la elaboración del duelo*, se resalta la importancia de los rituales funerarios como una vía simbólica para el proceso de elaboración de los diversos sentimientos que la ausencia del otro impone, asimismo se hace mención a cómo dichos rituales funerarios pueden contribuir de alguna manera a la elaboración del duelo infantil.

En el *cuarto* capítulo, *El trabajo de duelo*, se hace mención a dicho trabajo como un proceso lento y doloroso que tiene como punto de partida la noticia de la pérdida de un objeto amado y como punto de llegada la renuncia y el reencuentro con un deseo por la vida.

En un *quinto* capítulo denominado, *El duelo infantil un puente entre el dolor y la posibilidad de seguir creciendo*, se plantea que, si bien, tanto para los infantes como para los adultos la pérdida de un ser querido se torna dolorosa, a diferencia de lo ocurrido en la vida adulta, el duelo en los niños no ocurre de la misma forma, destacando que éstos cuentan con herramientas de simbolización que pueden resultar a veces más eficaces que las de los adultos.

En el *sexto* capítulo de esta monografía, *Los cuentos de hadas, el juego y el dibujo infantil como recursos de simbolización para tramitar el dolor*, se aborda la

postura según la cual los niños si son capaces de elaborar el duelo y se destaca la riqueza e importancia de dichos recursos a la hora de otorgar a los niños herramientas para superar los obstáculos vitales como la muerte.

En un *séptimo* capítulo nombrado, *El papel de lo simbólico y el niño como agente activo en el duelo infantil*, se plantea la capacidad del infante para desarrollar una resignificación de la situación penosa por la pérdida de uno de sus padres a partir de la internalización del lenguaje y de la interacción con los adultos que continúan a su lado.

Finalmente, en el *octavo* capítulo denominado, *Reflexiones. El proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre*, se pretende aportar al lector algunos planteamientos personales acerca del mencionado tópico de interés, a través del cual puedan abordarse también alternativas que giren en torno a procesos de “lectura”, abordaje e intervención que conciban a los niños como seres capaces de elaborar el duelo y en quienes sea factible el desarrollo de “recursos internos esenciales para el sostén y elaboración de la conflictiva” (Ungo, 2015, p. 39) generada por la pérdida de un padre o madre.

## Metodología

El presente Trabajo de Grado se desarrolla bajo la modalidad de una *monografía*, en la cual se organizan las referencias bibliográficas en lengua castellana consideradas como pertinentes para abordar y estructurar los aspectos que conforman el presente tema de interés, en este caso, el proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre, para lo cual se lleva a cabo la revisión de los planteamientos brindados por autores como Bowlby (citado por Cardona y Vasco, 2013; Moreno, 2014 ); Mazaira y Gago (1999); Cerón y Saldarriaga (2005.)

Los referentes teóricos elegidos y la revisión documental desarrollada en la presente monografía parte de una revisión de textos, revistas de psicología y trabajos de grado cuyos planteamientos permiten analizar los aspectos del duelo que son específicos a la infancia y que lo diferencian del duelo en el adulto, además de conocer los recursos utilizados por los niños para elaborar el duelo por la muerte de uno de sus padres.

Por tanto, resulta significativo lo propuesto por autores como Worden (2013) puesto que también se considera que los niños son capaces de elaborar el duelo; lo planteado por Freud (1917), Gómez (2004) y Leader (2008), puesto que presentan lo relacionado con el duelo y el trabajo de duelo teniendo en cuenta que las pérdidas hacen parte de la vida humana y generan un proceso relacionado con el afrontamiento de la pérdida.

Asimismo, se retoma a Zorio (2011) para complementar la perspectiva antropológica de Louis-Vincent Thomas (citado por Díaz, 2003) sobre el ritual funerario con la perspectiva psicoanalítica y a Bettelheim (citado por Díaz, 2003) quien le da un lugar privilegiado al rito funerario en la elaboración del duelo,

brindando además aportes significativos en relación a cómo los cuentos de hadas enriquecen la vida interna de los niños y les otorgan herramientas para superar los obstáculos vitales (Bettelheim, 1977.) Además, de los cuentos de hadas, se aborda también otros recursos de simbolización como el juego y el dibujo infantil para lo cual se toma como punto de referencia lo planteado por Freud y Melanie Klein (citados por Garaigordobil, 2008), Uribe (2009), Pallares (2011), Sophie Morgestern, Ana Freud y Melanie Klein (citadas por Cohen, 2012.)

Para profundizar en la conceptualización de lo simbólico se retoma lo expuesto por Freud (1991) en cuanto al proceso primario y secundario, así como lo relacionado con la narrativa en Bruner (1991) y lo transicional por Winnicott (2003.) Se retoma también algunos aspectos relacionados con el juego que son abordados por Agamben (2005.)

Ahora bien, en cuanto al duelo infantil, el concebir que los niños disponen de herramientas de simbolización que pueden resultar a veces más eficaces que las de los adultos encuentra su punto de referencia en fuentes bibliográficas que se estima sirven de apoyo para dar respuesta a la pregunta consignada en el problema de investigación acerca de *¿Cómo los niños desarrollan un papel activo durante el proceso de elaboración del duelo?*

Para lo anterior, se emplea la revisión de recursos electrónicos de artículos y trabajos de grado publicados acerca de “El duelo infantil por la pérdida de un ser querido y las diferencias con el duelo del adulto” (Arcila, 2017), la “Infancia, un tema clave para el posconflicto (Castañeda, 2015), la “Pérdida y duelo infantil: una visión constructivista narrativa (García, Mellado y Santillán 2010), "La función del cuento infantil en la elaboración del duelo en niños" (Ungo, 2015), “Diseño de un cuento infantil para niños y niñas que favorezca el procesamiento del duelo por pérdida” (Narváez, Salas, Zambrano, 2016), “El duelo es un trabajo” (Mesa, 2012) y “Prevención de duelo complicado en niños” (Moreno, 2014), de los cuales se

recopila información e ideas relevantes como apoyo académico en torno a la temática de la presente monografía.

## CAPÍTULO I

### *El duelo infantil: frente a la pérdida de un padre o madre*

El duelo tiene una connotación diferente cuando se habla de los niños, ya que la reacción y forma de afrontar la pérdida, depende directamente de la edad, la etapa, evolución, desarrollo emocional y psíquico del menor (Ortego, López, citados por Arcila 2017), además entran a cobrar relevancia las circunstancias en las que ocurre el suceso, y la forma en que el núcleo familiar y su entorno reaccionan y afrontan dicho evento.

De acuerdo con uno de los últimos informes de UNICEF (citado por Arcila, 2017), aproximadamente 140 millones de niños en el mundo pierden sus familias por diversos motivos, tales como guerras y catástrofes. Antes de este informe, la Universidad Militar de Nueva Granada y el Hospital Militar Central de Nueva Granada (citado por Arcila, 2017) informaron que el 4% de los niños pierde un padre antes de los 15 años de edad y el 3,5% (aproximadamente 2,5 millones) ha experimentado la muerte de un padre antes de los 18 años.

Se observa entonces que los datos estadísticos arrojan información sobre un amplio rubro de población infantil afectada por la muerte de un ser querido, lo cual hace coincidir con Sagan (citado por Arcila, 2017), en el sentido de que la investigación y documentación sobre el duelo infantil se hace necesaria y vital. Ahora bien, el remitirse al duelo infantil principalmente en el contexto colombiano, permite visibilizar a los niños y niñas de este milenio con la posibilidad para resolver odios fermentados por años de guerras heredadas, que han dejado cicatrices profundas de dolor y duelos no resueltos (Castañeda, 2015)

Pese a que en Colombia se cuenta con información y estudios rigurosos sobre las dinámicas del conflicto armado, sus posibles causas, impactos económicos y análisis políticos de coyuntura sobre los hechos violentos, son escasos aquellos que ayuden a comprender y explicar los impactos psicosociales y culturales del conflicto armado en las personas y en la sociedad, y lo son aún más escasos sobre las marcas dejadas en niños, niñas y adolescentes (Castañeda, 2015), lo anterior, acentúa entonces la importancia de abordar lo relacionado con lo acontecido en niños que pierden a uno de sus padres y las necesidades emocionales y psicológicas que éstos puedan presentar.

Cuando la pérdida se produce en la infancia, e incluso en la adolescencia, puede que el niño no elabore el duelo de una manera adecuada y que más adelante presente síntomas de depresión o no sea capaz de formar relaciones íntimas en la edad adulta (Worden, 2013.) Teniendo en cuenta lo anterior, la presente monografía resulta pertinente en la medida que parte de la idea de que los niños si son capaces de elaborar el duelo y que además existe una gran deuda con la infancia que ha nacido, crecido y socializado en medio de la confrontación armada (Castañeda, 2015) haciendo relevante el realizar un acercamiento a los aspectos más significativos que entran en juego en el trabajo de duelo infantil.

Se plantea entonces como *objetivo general* reflexionar sobre el papel activo que pueden desarrollar los niños durante el proceso de elaboración del duelo por la pérdida de un padre o madre.

En cuanto a los *objetivos específicos* se plantea en primer lugar, analizar los aspectos del duelo que son específicos a la infancia y que lo diferencian del duelo adulto. En segundo lugar, conocer los recursos utilizados por los niños para elaborar el duelo por la muerte de uno de sus padres y, en tercer lugar, desarrollar reflexiones personales sobre la temática correspondiente al proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre.

Con respecto al *Problema de investigación* se pretende abordar algunas de las herramientas de simbolización como los cuentos de hadas, el juego y el dibujo infantil empleados por los niños para favorecer el proceso de elaboración del duelo por la pérdida de un padre o madre. En este orden de ideas, se desarrolla una revisión teórica acerca de la concepción general, psicoanalítica, sobre el duelo y una revisión teórica sobre el duelo infantil y se pretende dar respuesta a la pregunta *¿Cómo los niños desarrollan un papel activo durante el proceso de elaboración del duelo?*

Al respecto, se revisan algunos aportes y planteamientos con relación a la “pérdida y duelo infantil” que permiten reflexionar acerca de que el niño durante su proceso de crecimiento, incluso en situaciones de dolor como la “pérdida de una relación humana muy querida” (Leader, 2008, p.25.) es un ser activo que interacciona con un entorno cultural, familiar, social, comunitario, en el que se establecen vínculos afectivos y se gestan relaciones significativas con otros.

Para autores como Worden (2013) los niños son capaces de elaborar el duelo, pero hace falta encontrar un modelo de duelo que encaje con ellos en lugar de imponerles un modelo adulto. Según Worden (2013) un componente básico del duelo infantil es la reacción emocional de los niños a la separación, cuyas reacciones aparecen muy pronto y pueden ser anteriores a un concepto realista de la muerte. Para este autor, aunque los niños pequeños muestran conductas similares al duelo cuando se rompen sus vínculos de apego, puede que su desarrollo cognitivo no sea suficiente para que entiendan la muerte, porque no pueden integrar algo que no pueden entender.

Algunos conceptos cognitivos necesarios para entender plenamente la muerte son: carácter definitivo, transformación, irreversibilidad, causalidad, inevitabilidad, y operaciones concretas (Smilansky, citado por Worden, 2013.) Piaget sugiere en sus estudios que las operaciones concretas sólo se desarrollan en niños de más de siete u ocho años (Piaget e Inhelder, citados por Worden, 2013.)

En el Harvard Child Bereavement Study, Silverman y Worden (citado por Worden 2013), hicieron un seguimiento de 125 niños de edad escolar de 70 familias durante los dos años posteriores a la muerte de un progenitor. Estas familias pertenecían a comunidades que se habían seleccionado por su variada demografía. Durante el mismo período también hicieron un seguimiento de niños con las mismas características en cuanto a edad, sexo, curso escolar, religión familiar y comunidad que no habían perdido a ningún progenitor. Se hicieron evaluaciones de los niños, los padres supervivientes y las familias.

El objetivo era estudiar a un grupo de niños de la comunidad para ver cuál era el curso natural del duelo entre los seis y los diecisiete años de edad (Silverman y Worden, citado por Worden 2013.) Algunos de los resultados más importantes del estudio son:

- La mayoría de los niños que habían perdido a un progenitor (80 %) estaban bien hacia el primer y el segundo aniversario de la muerte. Sin embargo, el porcentaje del resto (20%) era superior al porcentaje de niños del grupo de control que no estaban bien durante el mismo período. Las diferencias entre los niños que habían perdido a un progenitor y no estaban bien y los niños equivalentes del grupo de control eran mayores a los dos años que al año, lo que indica un efecto más prolongado de la pérdida en esos niños.
- Los niños que estaban bien tendían a venir de familias más unidas, donde hablar del progenitor muerto era más fácil y donde se habían dado menos cambios y trastornos de la vida cotidiana. Las familias con un afrontamiento más activo y que podían hallar algo positivo en las situaciones difíciles tenían hijos que se adaptaban mejor a la pérdida.
- Los niños que no estaban bien tendían a proceder de familias que sufrían muchas situaciones estresantes y muchos cambios como consecuencia de

la muerte y donde el progenitor superviviente no afrontaba bien la pérdida y era joven y depresivo. Los niños tenían menos autoestima y no se sentían capaces de controlar lo que les ocurría en la vida.

- El nivel de actuación del progenitor superviviente era el pronosticador más fuerte de la adaptación de un niño a la pérdida. Los niños cuyo progenitor superviviente presentaba un nivel de actuación más bajo sentían más ansiedad y depresión y sufrían más problemas de sueño y de salud.
- En general, la pérdida de la madre era peor que la del padre para la mayoría de los niños, sobre todo durante el segundo año de duelo. La muerte de la madre augura más cambios en la vida diaria y, para la mayoría de las familias, supone perder su ancla emocional. La pérdida de la madre estaba asociada a más problemas emocionales y de conducta, incluyendo unos niveles más elevados de ansiedad, más mala conducta, menos autoestima y una menor creencia en la eficacia personal.
- A la mayoría de los niños se les había ofrecido la oportunidad de participar en el funeral y habían optado por hacerlo. Se observaron mejores resultados en los niños que habían sido preparados de antemano para la ceremonia. La capacidad de recordar detalles del funeral y de hablar de ello aumentaba con el tiempo.
- Incluir a los niños en la planificación del funeral había tenido un efecto positivo y les había ayudado a sentirse importantes y útiles en una situación en la que muchos niños se sienten abrumados.
- Muchos niños seguían conectados con sus progenitores fallecidos: hablaban, pensaban o soñaban con ellos, se sentían observados por ellos o los situaban en un lugar concreto. Los niños que estaban muy conectados con su progenitor fallecido parecían más capaces de expresar su dolor, de hablar de la muerte con otras personas y de aceptar el apoyo de familiares y amigos.

- Tres cosas que necesitan los niños tras la muerte de un progenitor son apoyo, cuidados y continuidad. Ofrecer estas tres cosas puede ser difícil para el progenitor superviviente, sobre todo si es el padre. El duelo infantil se facilita mejor con la presencia estable de una persona adulta que pueda satisfacer las necesidades del niño y ayudarle a expresar lo que siente en relación con la pérdida.
- Los adolescentes que han perdido a un progenitor suelen sentirse diferentes de sus amigos y tienen la sensación de que éstos no comprenden lo que supone sufrir esta pérdida. Las adolescentes que pierden a su madre y se quedan sólo con el padre son especialmente vulnerables.
- El hecho de que el progenitor superviviente saliera con otras personas durante el primer año de duelo estaba asociado a una actitud de retraimiento, una conducta inadecuada y síntomas somáticos, sobre todo si era el padre. Un nuevo matrimonio o una nueva pareja tras un período adecuado de duelo tenía una influencia positiva en los niños, que mostraban unos niveles menores de ansiedad, depresión y preocupación por la seguridad del progenitor superviviente.

A partir de los datos de este estudio Silverman y Worden (citado por Worden, 2013) identifican varias necesidades de los niños que han perdido a uno de sus padres:

- *Los niños que han perdido a uno de sus padres necesitan saber que serán atendidos:* “¿Quién va a cuidar de mí?”, es una pregunta que se hacen muchos niños, tanto si la expresan en voz alta como si no. La muerte de uno de los padres se relaciona con la angustia primitiva de que no se puede sobrevivir sin un padre, un sentimiento muy real para los niños muy pequeños, pero que puede surgir incluso en la edad adulta.

De acuerdo con el estudio citado, la mitad de los niños seguían expresando su preocupación por la seguridad del progenitor superviviente dos años después de la muerte. En efecto, los niños necesitan saber que estarán a salvo y que serán atendidos, y esto se puede abordar, aunque un niño no lo pida de una manera directa. Algunos niños se portan mal para ver si se les cuida, en estos casos, una disciplina aplicada con constancia puede ayudarles a sentirse más seguros.

- *Los niños que han perdido a uno de sus padres necesitan saber que no han provocado la muerte con su ira o sus defectos:* “Ha pasado por mi culpa”, es otra pregunta que se pueden plantear estos niños. Para Worden (2013), en nuestra infancia aprendemos que unos sentimientos intensos pueden perjudicar a otras personas y es frecuente que las oportunidades de hablar del difunto revelen esta sensación de culpabilidad. Una edad especialmente vulnerable a esta clase de pensamiento es de los cuatro a los cinco años, cuando los niños creen en la magia y piensan que tienen poderes para hacer que sucedan cosas.
- *Los niños que han perdido a uno de sus padres necesitan una información clara sobre la muerte:* sobre sus causas y circunstancias. La pregunta que se hacen muchos niños es “¿Me pasará a mí?” De acuerdo con Worden (2013), si a los niños se les da una información que no son capaces de asimilar, se inventarán un relato para rellenar las lagunas, un relato que con frecuencia será más aterrador y extravagante que la verdad, por tanto, se les debe explicar las cosas con palabras que sean adecuadas a su edad<sup>1</sup>.
- *Los niños necesitan participar y sentirse importantes:* Incluir a los niños en las decisiones sobre el funeral y en el funeral mismo puede ser útil. Es necesario preparar a los niños que nunca han asistido a un funeral para que

---

<sup>1</sup> Una madre que preparaba a su hijo de cinco años para asistir al funeral de su padre le dijo: “El cuerpo de papá estará en el ataúd”. Al oírlo, el niño salió gritando de la habitación. La madre supo más adelante que el niño distinguía entre el cuerpo y la cabeza. Y si el cuerpo estaba en el ataúd, ¿dónde estaba la cabeza?

sepan qué sucederá y que es lo que verán. Es conveniente que un adulto que no sea un miembro de la familia se encargue de los niños más pequeños por si necesitan salir antes de que el funeral concluya. Permitir que los niños tomen parte en decisiones relacionadas con las fiestas, los aniversarios y las visitas al cementerio les ayuda a sentirse incluidos y convierte estas decisiones en una actividad familiar.

- *Los niños que han perdido a uno de sus padres necesitan una actividad rutinaria constante:* Los niños del estudio que mejor estaban eran aquellos cuya rutina diaria se mantenía lo más constante posible: las horas de comer, de acostarse, de hacer los deberes, etcétera. Según Worden (2013), en ocasiones, los adultos que han perdido a un ser querido no comprenden por qué los niños se ponen a jugar cuando el resto de la familia llora la muerte y quizá sea necesario recordarles que los niños afrontan estas situaciones por medio de actividades de juego.
- *Los niños que han perdido a uno de sus padres necesitan a alguien que escuche sus preguntas:* No es infrecuente que, para la frustración de los adultos, un niño que ha perdido a uno de sus padres plantee una y otra vez la misma pregunta. Quizá quiere ver si las respuestas que recibe son coherentes mientras intenta afrontar sus propios sentimientos. Algunas preguntas de los niños más pequeños pueden ser irritantes. Una pregunta como “¿La abuelita también puede hacer pipí en el cielo?” puede ser motivo de burla para los hermanos de más edad, pero las preguntas de los niños se deben responder con respeto.
- *Los niños que han perdido a uno de sus padres necesitan maneras de recordar a la persona fallecida:* Una manera excelente de hacerlo es crear un “álbum de recuerdos” donde el niño pueda poner dibujos, relatos, fotografías y otras cosas representativas de la persona fallecida y de los sucesos que ha compartido con ella. Es mejor enfocarlo como una actividad familiar y se puede usar algo tan sencillo como una libreta. De acuerdo con Worden

(2013), los niños vuelven a mirar estos álbumes a medida que crecen para recordar a la persona y pensar en el papel que tendría en su vida si estuviera viva.

Otros aportes significativos para la presente temática de interés corresponden a los planteamientos de autores como Bowlby (citado por García, Mellado y Santillán, 2010, p.59), quien manifiesta que desde un inicio el niño responde a vínculos formales, desarrolla la noción de presencia-ausencia y paulatinamente aprende a distinguir una pérdida temporal de otra permanente.

Bowlby (citado por Moreno, 2014) realiza una explicación sobre el duelo, basándose en su Teoría del Apego. Esta teoría sostiene, principalmente, la necesidad del ser humano de establecer vínculos (lazos emocionales) con otras personas, con el fin de sentirse protegido y seguro. Además, defiende que desde una edad temprana los seres humanos, al igual que el resto de especies, tienen la necesidad de establecer un vínculo afectivo que los ayudará en su desarrollo, el cual siempre estará presente. El establecimiento de estos vínculos se produce desde nuestro nacimiento hasta la edad adulta, con la posibilidad de establecer nuevas vinculaciones.

En estudios realizados por Bowlby (citado por Moreno, 2014) se observaba la reacción de los más pequeños ante la ausencia de su principal figura de apego. Esta ausencia crea una situación en el sujeto de peligro, ante la cual se desencadenan respuestas muy intensas. Lo mismo ocurre cuando un ser querido fallece. La pérdida afectiva produce la ruptura del vínculo con éste, dejando al doliente en una situación de inseguridad y desestabilización, logrando que, ante un hecho de esta envergadura, el deudo reaccione con emociones intensas y adopte respuestas marcadas por la aflicción y protesta, desesperanza y desapego. Asimismo, la magnitud y duración de estas reacciones dependerán de la intensidad de la relación afectiva.

Otras indagaciones realizadas acerca de los “efectos del fallecimiento parental en la infancia y adolescencia”, son llevadas a cabo por Mazaira y Gago (1999) quienes refieren que la muerte de uno de los padres es uno de los acontecimientos más estresantes e intensos que puede sufrir un niño o un adolescente. Para estos autores, podría esperarse que este acontecimiento afectase a los hijos de múltiples formas: a través de la pérdida de una figura primaria de vínculo o de modelo de rol, a través de sus efectos sobre el padre superviviente, o de las desventajas en cuidados o atenciones, educacionales o socioeconómicas resultantes del fallecimiento.

Algunos de sus efectos, por tanto, se manifestarían precozmente tras la pérdida, o incluso antes si ésta es esperada como en el caso de las enfermedades crónicas, mientras que otros son consecuencias a más largo plazo relacionadas con la situación de falta persistente de la figura fallecida y otras circunstancias asociadas a ella.

Algunos autores han enfatizado que incluso los niños muy pequeños pueden padecer duelo (Bowlby, citado por Mazaira y Gago, 1999), en el sentido de reacciones a experiencias de separación prolongada o de pérdida de alguna de sus figuras de vínculo, estén motivadas o no por su fallecimiento, y se ha señalado que la mayoría de los niños que han alcanzado la edad escolar tienen conceptos de muerte bastante bien desarrollados en términos de la comprensión de las abstracciones que la acompañan “universalidad, causalidad, características biológicas, irreversibilidad [...]” (Lansdown y Benjamin, citados por Mazaira y Gago, 1999) y son tan capaces de expresar aflicción por la pérdida y de experimentar duelo como los adultos, aunque las reacciones podrían parecer diferentes porque a menudo adoptan una forma inmadura (Black, citado por Mazaira y Gago, 1999.)

Así, estudios realizados con entrevistas a niños y adolescentes que sufren el fallecimiento de alguno de sus padres revelan que en ellos se puede identificar reacciones semejantes al duelo de los adultos (Fristad y Weller, citados por Mazaira y Gago, 1999) que pueden estar relacionadas con sentimientos de tristeza y pérdida

al pensar en el padre fallecido y no se deriva solamente de cambios en su situación social o como respuesta al estado afectivo del padre sobreviviente (Kranzler, citado por Mazaira y Gago, 1999). Predominan los síntomas ansiosos y depresivos (Delmedico, Weller y Weller, citados por Mazaira y Gago, 1999) probablemente con relativa más ansiedad que en los adultos.

En este sentido, aunque la muerte de un padre podría considerarse como un acontecimiento “concreto”, tras el fallecimiento muchos niños experimentan diversos cambios en su vida diaria a los que también deben adaptarse (Silverman y Worden, citados por Mazaira y Gago, 1999) y pueden desencadenarse una serie de adversidades potenciales. La muerte del padre, en particular, a menudo supone una disminución en los ingresos familiares, podría suponer un cambio de domicilio y, en este caso, un cambio a una nueva escuela y una pérdida de amigos, y la de la madre implica con frecuencia una reducción tanto en la cantidad como en la calidad de los cuidados a los hijos (Weller, citado por Mazaira y Gago, 1999.)

Aparte de la existencia de efectos a corto y a más largo plazo, también podrían esperarse efectos diferenciales de este acontecimiento en función de algunos aspectos del propio fallecimiento (como el carácter repentino o no del mismo, o el tipo de muerte), del sexo del padre fallecido (de forma por ejemplo que la muerte materna suele provocar un mayor número de cambios y una mayor discontinuidad en la vida de los niños que la del padre), del sexo del hijo, tanto en sí mismo como en relación al del progenitor perdido (y así se ha sugerido que el fallecimiento de uno de los padres podría tener un mayor impacto sobre la salud mental de los hijos de su mismo sexo (Wolkind, Rutter, citados por Mazaira y Gago, 1999), o de la edad o etapa del desarrollo del hijo cuando se produce la pérdida (Silverman y Worden, citados por Mazaira y Gago, 1999.)

La aparición de alteraciones psicológicas precoces en los niños siguiendo al fallecimiento de alguno de sus padres es muy frecuente, y entre estos problemas a

corto plazo se ha señalado en la literatura síntomas tanto depresivos (llanto, tristeza, trastornos del sueño) como ansiosos (miedos, ansiedad de separación), alteraciones de conducta (inquietud, agresividad), problemas en el aprendizaje y rendimiento escolar, trastornos de eliminación y síntomas somáticos (Delmedico, Weller y Weller; Garmezy y Masten; Black; Weller; Kaffman y Elizur; Silverman y Worden; Van Eerdewegh; citados por Mazaira y Gago, 1999.)

Tanto la edad como el sexo del niño se han visto relacionados con la presencia de algunos síntomas. Así, en los niños más pequeños las reacciones a la pérdida tienden a ser corporales (encopresis, pérdida de apetito, problemas de sueño), y se presentan con más frecuencia enuresis, rabietas o conductas de ansiedad de separación, aunque también en ellos se han descrito reacciones depresivas, mientras que en los de más edad tienden a predominar las alteraciones de conducta, y son más relevantes la inquietud, la agresividad o los problemas en el rendimiento académico ( Garmezy y Masten; Black; Kaffman y Elizur, citados por Mazaira y Gago, 1999).

Se ha señalado que en los niños pequeños las reacciones de duelo tienden a ser más leves y más cortas que en la adolescencia y la edad adulta (Rutter, citado por Mazaira y Gago, 1999) y que en los niños en general parece poco probable que los síntomas persistan más allá de un año a menos que existan otros factores de mantenimiento (Van Eerdewegh; Black y Urbanowitz; Cox, citados por Mazaira y Gago, 1999.)

En definitiva, cuando al fallecimiento precoz de alguno de los padres ejerce un efecto adverso a largo plazo en la edad adulta podría hacerlo debido a sus consecuencias para los cuidados posteriores del niño “disminución en la cantidad o calidad de los mismos, pobreza, reacción depresiva prolongada en el padre sobreviviente [...]” más que debido al propio duelo o al impacto de la pérdida *per se* (Goodyer; Brown, Harris y Bifulco; Goodman y Soctt; Breier, Kelsoe y Kirwin; Marton y Maharaj, citados por Mazaira y Gago, 1999.)

Por su parte, Cerón y Saldarriaga (2005) realizan un trabajo de investigación cuyo objetivo es explorar los procesos de elaboración del duelo en cuatro adolescentes que han perdido el padre de manera violenta. Para ello se realizaron cuatro estudios de caso de jóvenes entre los 13 y 17 años de edad, de estratos uno y dos de la ciudad de Cali.

Este trabajo de investigación es un estudio exploratorio y descriptivo, en el cual se empleó la entrevista semiestructurada como instrumento para obtener información, con base en las siguientes categorías: infancia, modelos familiares, educación, relación entre pares, adolescencia, elección de objeto, relación de pareja, proceso de duelo, tipos de vínculos, relación con la persona fallecida, manifestación de los procesos de duelo, características de las personas antes y después de la pérdida.

Las técnicas para el análisis de la información fueron la transcripción de entrevistas, sistematización de la información según las categorías de análisis: proceso de duelo, mecanismos de defensa, adolescencia y contexto socio cultural.

Después de la sistematización y análisis de los resultados se concluyó que, en primer lugar, aunque los jóvenes entrevistados vivían en contextos con altos índices de violencia, la muerte del padre fue repentina e inesperada, además ha permanecido impune, lo que complica la elaboración del duelo, así como su formación como sujetos, puesto que permanecen expuestos a un ambiente violento y hostil.

En segundo lugar, en relación con la dinámica familiar, aunque el padre fuera una figura significativa para los jóvenes, no representaba la autoridad. Esta ausencia los ha llevado a tener dificultades en las relaciones interpersonales, tanto en la elección de objeto como con sus pares, es decir, que la pérdida del padre ha influido en la construcción de identidad de los jóvenes, lo que les impide realizar los procesos de desarrollo propios de su edad.

En tercer lugar, haciendo referencia a los mecanismos de defensa, las autoras exponen que los jóvenes, para enfrentar los sentimientos de dolor, abandono, temor por su muerte, usan mecanismos como negación, desplazamiento, reparación. En las jóvenes era más relevante la idealización del padre muerto, ya que era complaciente y las valoraba. Por otra parte, los hombres se identificaban y tenían sentimientos de ambivalencia hacia su padre, buscando imitarlo o situarse en su lugar.

En general los sentimientos de ambivalencia estaban acompañados por culpabilidad hacia la relación con el padre y su muerte, en uno de los casos se presenta culpa persecutoria, cuya manifestación es el temor a la oscuridad, a dormir solo y los sueños recurrentes que tenía.

En definitiva, el proceso de duelo de estos jóvenes también está acompañado de preocupaciones externas de tipo económico, ya que el padre era el principal proveedor, en la familia se vive el duelo de manera individual negando la pérdida y aplazando el dolor, al igual que ante la sociedad. Es así como estos jóvenes se alejan de sus familiares y pares, dificultándose el trabajo de duelo y el restablecimiento de su vida anterior a la pérdida. La muerte del padre hace que los jóvenes experimenten temor hacia la propia muerte, acompañado de vulnerabilidad y angustia, provocando en ocasiones indiferencia hacia los demás y hacia el futuro, sintiendo la muerte presente en todo momento.

Finalmente, se presentan otros aportes y conclusiones significativas en torno a las nociones de “ausencia y concepto de muerte en el niño”:

- Emswiler y Emswiler (citados por García, Mellado y Santillán, 2010) “concluyeron que antes de los 3 años de edad es posible que los infantes perciban una ausencia entre quienes forman su mundo inmediato y que les haga falta una persona conocida, pero es poco probable que distingan entre una pérdida temporal y la muerte” (p.59.) Dichos autores (Emswiler y

Emswiler, citados por García, Mellado y Santillán, 2010, p. 59), “consideran que el niño llega gradualmente a ser capaz de sustituir la presencia física continua por una representación mental de sus padres, a percibir la ausencia y a diferenciar una separación temporal de otra permanente”.

- Anthony (citado por García, Mellado y Santillán, 2010, pp. 59-60), trabajó con niños europeos de 3 a 13 años que habían vivido bajo la sombra de la guerra. Les preguntó sobre el significado de la palabra *muerte* y encontró que los menores de 5 años la veían como una separación temporal y reversible - la mezclaban con conceptos como *partida* o *desaparición* -. Entre los 5 y 7 años comprendían la irreversibilidad de la muerte y que ésta involucraba leyes de funcionamiento universal, y aún a los 9 años la atribuían a factores externos: una persona, Dios o un castigo por portarse mal. La visión científica de que la muerte es un proceso biológico inevitable se comprende alrededor de los 9 a los 10 años de edad.
- Kroocher (citado por García, Mellado y Santillán, 2010, p. 60), concluyó que entre los 5 y los 7 años los niños atribuyen funciones de la vida a la definición de *muerte* y confunden lo inanimado con lo muerto - ambos se conciben como diferentes a la vida- ; tienden a personificar la muerte como un “espíritu”, “esqueleto” o “fantasma”; su pensamiento se caracteriza por ser mágico y egocentrista - la idea de que sus pensamientos se convierten en hechos y, por tanto, éstos ocasionan la muerte-, e intentan entender ésta en términos de qué “hace la gente muerta”, o qué debe sentirse para estar muerto.
- Para Speece y Brent (citados por García, Mellado y Santillán, 2010, p. 60), los conceptos de irreversibilidad, universalidad y no-funcionalidad son constitutivos del concepto de muerte. Para analizarlos, recurrieron a entrevistas y a otra clase de técnicas, como dibujos, composiciones escritas, y juegos espontáneos y dirigidos. Sus principales conclusiones indican que los niños de menos de 5 años carecen de la comprensión de que la muerte

es universal para todos los seres vivos y de que significa un fin irreversible de todas las funciones del cuerpo. Así, éstos niegan que vayan a morir, o dicen que una persona muerta puede revivir si se toman las medidas adecuadas, o que la vida continúa a un nivel reducido de acción.

Por su parte, los niños mayores de 7 años pueden reconocer que la muerte es universal e inevitable, pero que sólo les pasa a los ancianos y también puede ser personificada, lo cual no es sorprendente si se observa que existe una tradición cultural al respecto. La idea de que la muerte es final, inevitable y universal se re- conoce hasta los 8 o 9 años.

- Barrera (citado por García, Mellado y Santillán, 2010, p. 60), precisa las razones por las cuales hay que tener cuidado de sacar conclusiones acerca de la habilidad de los niños para comprender la muerte: *primero*, existe variación en las investigaciones respecto de qué se entiende como muerte y a qué edad se entiende; *segundo*, la muerte es un tema emotivo aun para los adultos, por lo que la emoción y la ansiedad pueden distorsionar lo que dicen los niños al respecto; *tercero*, la mayoría de los niños tiene poca o ninguna experiencia con la muerte, y *cuarto*, hay evidencia de que esta experiencia y las creencias religiosas influyen en su capacidad para comprenderla.

## CAPÍTULO II

### *La concepción general psicoanalítica sobre el duelo*

De todas las concepciones de duelo disponibles se toma como punto de partida lo propuesto por Freud (1917) quien concibe al duelo como un afecto normal ante la pérdida de un objeto de amor que puede suceder en cualquier momento de la vida psíquica de una persona. En cuanto a las causas de la pérdida no hace diferenciación alguna, teniendo en cuenta que puede ser una separación tanto violenta como esperada.

Freud (citado por Zorio, 2011) encuentra que el duelo no es un estado patológico y que no debe ser tratado como tal, por el contrario, plantea que es natural y necesario para que el sujeto afronte su situación de pérdida. Recomienda que no debe ser perturbado, pues se confía en que al cabo de algún tiempo desaparecerá por sí solo. Además, descubre que algunas personas tienen una predisposición a la melancolía en lugar de poder llevar a cabo un proceso de duelo cuando sucede una pérdida. Esta, por su parte, es una afección en el yo expresada en un exceso de autorreproches y una perturbación del amor propio con un considerable empobrecimiento del yo.

Sumada a la concepción del duelo como la posibilidad de tramitar la culpa y los reproches con el muerto y de lograr un cambio de posición subjetiva frente a él, Freud (citado por Zorio, 2011) presenta entonces otra finalidad en su texto “Duelo y Melancolía”: la deslibidinización paulatina del objeto amado para que esta libido sea puesta en otros objetos. Pero Freud no opina que este sea un proceso rápido y fácil, por el contrario, anuncia los posibles obstáculos que se dan en este camino, pues el sujeto no abandona gustosamente los objetos en los que tiene aferrada su libido, por tanto, es un proceso “lento y paulatino”.

Freud (citado por Zorio, 2011) sostiene que en el duelo existe una inmensa dificultad para lograr el cometido de la deslibidinización, pues durante su proceso la libido, que también sostiene al yo en condiciones normales, es depositada casi en su totalidad en el ser querido, de allí que se den por ejemplo idealizaciones del muerto, estas muy bien expresadas en el dicho popular: “No hay muerto malo”, o que todos los pensamientos estén dirigidos hacia él, incluso, que se pierda interés por otras actividades o escenarios de la vida, espacios que se vivían con vigor.

Toda la energía del doliente está en función del ser perdido. Este es un aspecto interesante, en la medida en que nos demuestra que la existencia en la vida psíquica no es la misma existencia material, es decir, si bien el doliente puede constatar de manera física el fallecimiento de su amado, por un buen tiempo, para su vida psíquica él puede seguir permaneciendo vivo. Aun así, la confrontación con la realidad suma entre los factores determinantes para el duelo y es considerada por Freud (citado por Zorio, 2011) como una condición necesaria.

Entonces ¿cuál es la función del duelo? y ¿Cuál es la diferencia entre el duelo y la melancolía? puesto que se considera al duelo como un afecto normal. Para Freud (1917) el duelo se refiere a la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc. Implica una renuncia conciente de los apegos y el retiro de la libido del objeto amado perdido, sin embargo, el reconocimiento del afecto inútil hacia el ser perdido, las resistencias a retirar la libido de este, se aferran al yo haciendo vívidos los recuerdos, experiencias y anhelos que estaban ligados a este objeto.

En el duelo no existe perturbación del sentimiento de sí (Freud, 1917) puesto que se es conciente de la pérdida tanto como del afecto invertido en el objeto amado. En cambio, en el estado de melancolía el objeto es idealizado, pero está perdido como objeto de amor aun cuando no esté realmente muerto. En este caso, la dificultad para identificar “qué se perdió en ese objeto”, “qué se fue con él”, “qué

se perdió de sí en él” hace más difícil el restablecimiento de la normalidad afectiva, provocando una cancelación del interés por el mundo exterior, apego insano a la memoria del muerto, persona, ideal o cosa. Afectando, más que la relación del sujeto con el mundo exterior, la relación consigo mismo, con su Yo, como lo expresa el autor “en el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo” (Freud, 1917).

Se observa entonces que para Freud tanto el duelo como la melancolía son formas en que los seres humanos responden a la experiencia de una pérdida, pero entonces ¿cómo las diferencia? Pues bien, el duelo involucra la larga y dolorosa labor de separarse del ser amado que se ha perdido. Según Freud, la función del duelo “es separar los recuerdos y esperanzas de los sobrevivientes de la persona muerta”, siendo entonces el duelo, diferente del dolor, porque este último corresponde a la reacción ante pérdida, en cambio el duelo concierne a cómo se procesa este dolor (Freud, citado por Leader, 2008, p.30.)

En la melancolía el sentimiento reinante es de un ser insignificante, incapaz, con una imposibilidad mental de superar la pérdida, incluso culparse por ella siendo así merecedor de castigos y desprecio. Llegando incluso a acercarse peligrosamente a la pulsión de muerte, dejando de lado las actividades normales que nos mantienen con vida, como la alimentación y el autocuidado. Como lo refiere el autor:

“El cuadro nosológico de la melancolía destaca el desagrado moral con el propio yo por encima de otras tachas: quebranto físico, fealdad, debilidad, inferioridad social, rara vez son objeto de esa apreciación que el enfermo hace de sí mismo; sólo el empobrecimiento ocupa un lugar privilegiado entre sus temores o aseveraciones” (Freud, 1917).

Sin embargo, en el duelo cada recuerdo y expectativa ligada a la persona que se ha perdido debe ser revivida y confrontada con el juicio de que se ha ido para siempre, y es este el difícil y terrible período en el que los pensamientos regresan perpetuamente a la persona que se ha perdido, y se relacionan, por ejemplo, con el

pensar en su presencia en la vida del doliente o con volver a los recuerdos de los momentos en que se pasó junto a la persona que se ha perdido, haciendo que la realidad cotidiana parezca vacía por la ausencia del ser que se ha perdido (Leader, 2008.)

Aunque con el tiempo, se espera que el apego disminuirá, Freud manifestaba a uno de sus pacientes que este proceso de duelo llevaría entre uno y dos años, resaltando que no sería fácil, porque se recae a causa de cualquier actividad que causa dolor, y así hay “una sublevación en nuestras mentes en contra del duelo” (Freud, citado por Leader, 2008, p.31.), lo cual quiere decir, que el dolor no pasará automáticamente e incluso se esté haciendo todo lo posible para resistirse a ello sin saberlo conscientemente.

No obstante, si se es capaz de seguir el proceso de duelo, dicho dolor se volverá menor, junto con los sentimientos de remordimiento y de autoreproche. Dándose cuenta poco a poco de que la persona que se amaba se ha ido y la energía del apego a dicha persona se volverá gradualmente menor para que algún día pueda quizás estar vinculada a alguien más. Dándose cuenta así de que la vida aún tiene algo qué ofrecer (Leader, 2008.)

Cabe resaltar que Freud no sólo hace referencia al duelo, sino que emplea la expresión de “*trabajo de duelo*”, quizá para indicar que no sólo son nuestros pensamientos sobre la persona amada perdida los que cuentan, sino lo que hacemos con ellos: cómo son organizados, dispuestos, repasados, alterados. En este proceso, los recuerdos y esperanzas sobre aquél que se ha perdido deben ser sacados a la luz en todas las posibles formas en que han sido registrados. En términos freudianos, debe accederse al objeto perdido en todas sus representaciones variables (Leader, 2008.)

Otro aspecto a tener en cuenta, es lo concerniente al “objeto perdido”. Así pues, cuando Freud habla del objeto perdido no quiere decir una persona perdida por la

muerte, puesto que también puede referirse a una pérdida que sobreviene debido a la separación o el extrañamiento. Es decir, aquel que se ha perdido puede aún estar ahí en la realidad, aunque la naturaleza del vínculo con esa persona haya cambiado. Pueden incluso estar viviendo en la misma casa, o en la misma ciudad, y es claro que el significado de la pérdida dependerá de las particulares circunstancias de cada individuo (Leader, 2008.)

Ahora bien, el luto es quizá el más claro ejemplo de una pérdida, ya que señala una ausencia real, empírica, pero Freud pretendía que sus ideas tuvieran un alcance más amplio. Por tanto, lo decisivo será la eliminación de cualquier punto de referencia que ha sido importante en la vida y que se ha convertido en el centro del apego. En el duelo, este punto de referencia no sólo es eliminado, sino que su ausencia está siendo registrada, inscrita indeleblemente en la vida mental (Leader, 2008.)

Por su parte, Gómez refiere que “El duelo es necesario para poder continuar viviendo, para separarse de la persona perdida conservando lazos diferentes con ella y para reencontrar la libertad del funcionamiento psíquico” (Gómez, 2004 p.22.) En este sentido, esos lazos diferentes que mantendrán el afecto separado del objeto de amor perdido se constituyen en recuerdos y añoranzas que matizan la pérdida y le permiten al psiquismo la posibilidad de reorganizarse en función de las cargas libidinales que se han quedado sin contenedor. Así pues, para dicha autora “podemos definir el duelo como la reacción natural ante la pérdida de una persona, objeto o evento significativo, siendo una reacción emocional y de comportamiento en forma de sufrimiento y aflicción cuando un vínculo afectivo se rompe” (Gómez, 2004, p.13.)

Si algo es claro en los autores referidos es que el duelo se presenta de múltiples formas por motivos que no siempre es la muerte de un ser querido, pero queda por considerar la noción de separación completa, permanente, en tanto el duelo por la muerte de un ser querido es irreversible y definitiva, como lo expresa Gómez “La

muerte imprime al duelo un carácter particular en razón de su radicalidad, de su irreversibilidad, de su universalidad y de su implacabilidad” (Gómez, 2004, p.19), haciendo la distinción con el duelo que no implica la muerte física cuando refiere “una separación no mortal deja siempre abierta la esperanza del reencuentro.” (Gómez, 2004 p.19.)

Con respecto a la duración del duelo Gómez (2004) refiere que diversos teóricos proponen tiempos de duración para los duelos, pero reivindica la duración del duelo como un aspecto individual que no responde a ningún afán en el sentido del tiempo, sino que depende de la relación afectiva en términos de apego “de hecho la intensidad del duelo es proporcional a la fuerza del apego” (Gómez, 2004 p.32.) Así, deja en relieve que el duelo en sí mismo es un contenedor de afectos y disposiciones libidinales que es independiente del objeto externo en su intensidad y duración, y, por el contrario, responde a la representación o significación que se tenga del objeto de amor perdido puesto que “la intensidad del duelo no depende de la naturaleza del objeto perdido, sino del valor que se le atribuye” (Gómez, 2004, p.32.)

Ahora bien, el sentido reparador del duelo demanda grandes cantidades de energía al psiquismo y más aún cuando ocurre sin preparación alguna, ocasionando un choque emocional que afecta las disposiciones normales que hacen posible el desarrollo día a día de la vida normal del sujeto, como lo refiere Gómez (2004) haciendo énfasis en las pérdidas violentas o inesperadas: “Si la pérdida puede eventualmente consumarse en minutos o algunos segundos, como en un accidente, el trabajo psíquico que implica va a demandar un tiempo [...]” y adiciona: “un tiempo que es difícil de determinar teóricamente” (Gómez, 2004, p.30.)

Con base en lo anterior, y para comprender los procesos de duelo, es fundamental retomar los planteamientos de Bowlby (citado por Cardona y Vasco, 2013), puesto que a pesar de su distanciamiento con el psicoanálisis sus concepciones tienen una base en esta teoría y permiten analizar la relación previa

con el ser querido, el tipo de vínculo y cómo éste influye significativamente en el trabajo de duelo.

Bowlby expone en el texto *Separación y pérdida dentro de la familia* (citado por Cardona y Vasco, 2013) los riesgos que conlleva para las personas la separación de una figura amada. Estos pueden ser la ansiedad crónica, la depresión, las tentativas de suicidio o su realización, sin importar si la pérdida es reciente o lejana. En cuanto a la pena y el duelo, su curso puede dividirse en fases, cuya duración e intensidad varían con cada persona, pero pueden ser diferenciadas, estas son:

- La **fase de incredulidad y embotamiento** de la sensibilidad, con una duración de unas horas, hasta unas semanas. En este periodo el doliente puede llegar a experimentar momentos de cólera o ansiedad intensa.
- La **fase de añoranza, anhelo y búsqueda de la figura perdida**, con una duración de meses a años. Durante la cual el deudo realiza una búsqueda del ser querido perdido, caracterizada por la presencia de emociones intensas ante la ausencia.
- La **fase de desorganización y desesperanza**, en la cual, el doliente comienza a ser consciente de la pérdida sufrida, aumentando sus sentimientos de soledad. Dando lugar a una etapa de apatía y depresión.
- En último lugar, Bowlby establece la **fase de reorganización** que suele iniciarse tras un año de la pérdida. En este caso, el deudo se redefine a sí mismo y al nuevo contexto en el que se encuentra. Es decir, en esta fase se produce una asimilación de la realidad y la adaptación a la nueva situación.

El llanto y la ira son signos corrientes en el duelo, el primero es utilizado por los niños para atraer y recuperar a la madre que se ha ausentado, en el duelo también puede tener la misma finalidad, recuperar el objeto perdido. Por otro lado, la ira

frecuente en los primeros días, se produce en los dolientes al considerar a ciertas personas responsables de la muerte del ser amado. También puede aparecer como autorreproches debido a lo que se hizo o dejó de hacer en el momento de la muerte. La ira es útil cuando la separación es temporal, puesto que ayuda a superar los obstáculos que la provocan, sin embargo, aparece cuando la pérdida es permanente, pues las personas afectadas no la ven como tal.

Otra respuesta en el proceso de duelo es la ansiedad de separación, la cual se presenta por la inexplicable ausencia de la figura de apego. Esto se explica por medio del comportamiento de apego que se desarrolla durante la lactancia y su finalidad es la proximidad de la figura materna, este comportamiento se presenta cuando la persona está enferma o en apuros y se intensifica cuando la figura hacia la que se siente apego no se encuentra.

Para que la elaboración del duelo sea realizada la persona afectada debe expresar sus sentimientos, de no hacerlo este proceso se puede alterar, ya que aparecen emociones como el miedo al abandono, anhelo por la figura perdida e ira que no le permiten aceptar y adaptarse a la realidad. Emociones que, por el contrario, provocan su estancamiento en el pasado, para que estas personas puedan expresarse deben sentir que los demás las comprenden a ellas y a su realidad. Esta dificultad para expresar la pena por la pérdida puede estar relacionada con la familia en la que creció, que en ocasiones juzga como malo o inadecuado en el niño el llorar, reprochar o enfadarse.

Otra forma en la que el duelo se puede alterar es cuando la persona expresa todos los sentimientos asociados con éste, sin embargo, aparece un apego excesivo del doliente hacia el objeto perdido, experimentando ansiedad aún en separaciones cortas. Por otro lado, se encuentra la incapacidad del doliente de trasladar a otros miembros de la familia los lazos que lo vinculaban con el objeto perdido, apartando de esta manera a su familia.

Finalmente, su relación con el objeto perdido pudo ser ambivalente. Lo anterior motiva autorreproches en la persona afectada, llevándola a tener un duelo perpetuo como un deber sagrado con el difunto y como una forma de pagar su culpa. La persona afectada debe realizar ritos de paso – funeral, arreglos en el hogar, entre otros – para crear un puente con el mundo exterior que le permita asumir su nueva vida y el nuevo orden familiar, ya que también existen problemas respecto de los roles que asumía el objeto perdido, algunos de los cuales serán responsabilidad de la persona afectada, otros podrán ser delegados en la familia, paulatinamente dicha persona adquirirá un mayor grado de confianza que le permitirá aceptar estos roles y lo que implican. Este proceso dependerá de su personalidad, de las exigencias del medio y del apoyo de quienes la rodean.

### CAPÍTULO III

#### *El lugar del ritual en la elaboración del duelo*

El duelo encuentra en los rituales una vía simbólica propicia para el proceso de la elaboración de los diversos sentimientos que una pérdida impone. Al ocuparse de la relación del hombre con la muerte en sus textos antropológicos, Freud (citado por Díaz, 2003) expone cómo toda vivencia de duelo está marcada por la “ambivalencia afectiva.” Es decir, la pérdida del otro no sólo le genera al doliente un profundo dolor, sino que también le es grata en tanto esa persona integra algo ajeno y extraño para él y por esto suscita hostilidad. Este planteamiento se explica por la ley de la ambivalencia de los sentimientos, según la cual, en todos los casos de fijación del sentimiento a una persona determinada, se halla un odio inconsciente disimulado detrás del amor.

La ambivalencia, plantea Freud (Díaz, 2003), da origen a las costumbres y los rituales funerarios y de duelo que buscan, por un lado, proteger a los vivos de la intención de venganza atribuida por proyección a los muertos, y por otro, facilitan la expresión y elaboración del dolor que la pérdida del otro amado trae consigo.

El antropólogo Louis-Vincent Thomas (citado por Díaz, 2003), define los ritos funerarios como “los comportamientos variados que reflejan los afectos más profundos y supuestamente guían al difunto en su destino post mortem, tienen como objetivo fundamental superar la angustia de muerte de los sobrevivientes”, pero en otras sociedades los rituales están dirigidos al difunto”. Plantea este autor que dichos rituales tienen una doble finalidad, una de ellas manifiesta y la otra latente.

En el plano manifiesto, se realiza el rito con el fin de aportar simbólicamente al muerto mediante ciertas acciones que varían en las distintas culturas y que buscan asignar al difunto un lugar y una función determinados en la continuación de la vida

ultraterrena. En el discurso latente, el efecto del ritual tiene como destinatario al individuo y a la comunidad que sobreviven.

La función que Thomas (citado por Díaz, 2003) atribuye al ritual coincide en gran parte con el objetivo que Freud propone para el trabajo de duelo. Plantea el antropólogo: “su función fundamental, tal vez inconfesada, es la de curar y prevenir, función que por otra parte presenta múltiples aspectos: aliviar el sentimiento de culpa, tranquilizar, consolar, revitalizar”.

Así, los rituales oscilan en dos direcciones: por un lado, están los actos que tienen que ver con el muerto; los integran, por ejemplo, el arreglo del cadáver y el destino que se le da: inhumación, cremación, embalsamamiento, cada uno de los cuales se apoya en los símbolos determinados por cada cultura. Por otra parte, los rituales se orientan a una serie de acciones más o menos estereotipadas dirigidas a los dolientes y a la comunidad, y buscan organizar la experiencia de duelo.

Por su parte Zorio (2011) hace referencia a lo relacionado con la muerte y los ritos con base en los estudios antropológicos de diversas culturas primitivas que Freud retoma, en los cuales se evidencia que un objeto considerado como sagrado cobra ese estatuto gracias a los ritos, que por su carácter simbólico transforman su hipotético pasado impuro. Vale la pena destacar que esta impureza cobra vigencia cuando lo sagrado ha sido violentado o transgredido, como pudiera haber ocurrido con los cadáveres.

Lo sagrado violentado provoca horror y, a propósito de esto, Freud (citado por Zorio, 2011) comenta para el caso de los cadáveres que en muchas culturas aquellos que han tocado un muerto o asistido a un entierro se hacen impuros, como si la muerte fuera una enfermedad virulenta, y por esta razón quedan privados de toda comunicación con el resto de la comunidad, con lo cual se pretende frenar el avance del virus de la muerte. En otros casos se presenta la costumbre de mostrar el luto con atuendos que signifiquen ante la comunidad la experiencia de la muerte. La persona de luto habrá de restringir sus actividades y permanecer alejada de su

grupo social, como si alrededor de esa especie de cuarentena que se instaura se edificara una suerte de muro invisible capaz de delimitar los alcances de la muerte.

Freud (citado por Zorio, 2011) señala que las costumbres relativas a los muertos tienen un peso simbólico que atraviesa generaciones y culturas, de tal manera que en toda sociedad existe un tabú hacia ellos. Esto puede verse expresado en costumbres y creencias populares más cercanas y propias de nuestro tiempo relacionadas con el tratamiento que les damos. Así, por ejemplo: el respeto y el miedo hacia los difuntos, el lavar las ropas después de estar en contacto con un muerto y antes de acercarse a un niño, las despedidas al son del mariachi en sectores populares, los alabaos y cantos de las comunidades negras, la idea cotidiana de que en los cementerios asustan o que en los camposantos hay almas en pena, etc., tienen en común con las creencias mencionadas por Freud el hecho de que hay algo que nos impele a establecer una muralla protectora alrededor de todo lo relacionado con quien pudo “visitar el más allá”.

Las ceremonias y los ritos tienen por finalidad, entre otras cosas, según Freud (citado por Zorio, 2011), expulsar el espíritu maléfico en que se convierte el alma del muerto para proteger a la comunidad de un posible daño. En nuestra sociedad, podemos encontrar un sinnúmero de creencias relacionadas con esta idea que determinan los modos de proceder con un muerto. Por ejemplo: que el muerto se despedirá si no lo hizo en vida; que su alma vagará si no recibió un perdón en vida; que, si tenemos una cuenta pendiente con él, este podrá volver al mundo de los vivos a “halarnos las patas”, o incluso que, si no ha recibido su “cristiana sepultura”, su alma vivirá en pena.

Es decir, se plantea una especie de ética en el doliente que a primera vista pareciera responder a una deuda simbólica —enterrarlo y honrar su memoria—, pero que también apunta a la protección del posible daño o evita una eventual muerte, anticipada por el resentimiento de un alma que ha tenido que abandonar este mundo.

Entre las causas de los diversos ritos y creencias, la referencia a la propia muerte es una de las más importantes justamente por la imposibilidad de ser representada. La muerte es irrepresentable y Freud (citado por Zorio, 2011) da cuenta de la ausencia de su representación en el inconsciente. Son precisamente los ritos y las creencias las herramientas disponibles en la cultura para confrontar esa ausencia y es por esto que son esenciales en los procesos de duelo. Por ejemplo, a través de ritos y creencias constatamos individual y colectivamente que los cadáveres no son desechos mortales sin valor social, cultural y/o subjetivo; todo lo contrario, conservan para los dolientes el valor del objeto amado, al cual los ligan vínculos amorosos y libidinales.

Los rituales funerarios, que marcan distintos momentos en el tiempo que sigue a la pérdida del ser amado, facilitan al sujeto el trabajo de duelo que exige ir desligando paulatinamente la libido del objeto perdido para reinvertirla en nuevos objetos. Así, los ritos funerarios permiten al doliente la aceptación de la pérdida del otro y la despedida. Cumplen, además, la función de movilizar la expresión del dolor que la pérdida genera, lo cual abre una vía necesaria al proceso de elaboración. Otro efecto del ritual de duelo es brindar al doliente un tiempo y espacio necesarios para reubicarse en un mundo donde falta el ser amado.

El rito funerario posee en su realización una eficacia simbólica que facilita el desenvolvimiento y desenlace del conflicto psíquico que la pérdida trae consigo. Entendiendo la eficacia simbólica, concepto planteado por Claude Lévi Strauss (citado por Díaz, 2003) como el efecto que un ritual específico tiene en una comunidad a partir de la creencia que ésta tenga en su chamán. Díaz (2003) traslada este concepto al campo del psicoanálisis para referirse a cómo el orden simbólico puede hacer un tratamiento de lo real.

En cuanto a cómo dichos rituales funerarios pueden contribuir de alguna manera a la elaboración del duelo infantil, se retoma inicialmente a Bettelheim (citado por Díaz, 2003) quien en su artículo “Niños del holocausto”, trata el duelo de los infantes que fueron salvados del exterminio gracias a algunas familias que los adoptaron antes de que fueran descubiertos y asesinados. Muchos de ellos perdieron a sus padres en los campos de concentración, pero no tuvieron nunca una evidencia concreta de su muerte.

Bettelheim (citado por Díaz, 2003) muestra cómo treinta y cinco años después de la desaparición de sus padres, muchas de estas personas aún vivían con la permanente sensación de dolor e incertidumbre, oculta siempre tras un silencio acordado implícitamente para evitar nombrar el horror del holocausto. “Dichas heridas” dice Bettelheim (citado por Díaz, 2003), “nunca sanaron, y en cuanto uno las toca empiezan a sangrar de nuevo profusamente”. El autor evidencia que en estos casos subyacía, tras el silencio, la esperanza de volver a ver vivos a sus padres. Si otras personas volvieron de los campos, ¿por qué no podrían haberlo hecho sus seres queridos?

Para fundamentar este efecto de dolor suspendido, Bettelheim (citado por Díaz, 2003) da gran importancia a la ausencia del ritual funerario tras la desaparición:

Después de semejante pérdida, para poder enfrentarse a la vida, uno debe llorar la pérdida. El duelo, como Freud ha demostrado, es un proceso psicológico complejo, pero del todo necesario para superar la depresión en la cual nos ha sumido la pérdida. El duelo requiere que durante algún tiempo uno se concentre con sinceridad en la tarea, dedicándole todas las energías psíquicas durante días o meses. La ceremonia del funeral ayuda y también las diversas costumbres que hemos creado para afrontar la muerte del ser querido [...] Las costumbres permiten al que está de luto aceptar la pérdida, al menos hasta cierto punto, y regresar despacio a la vida a pesar de la depresión causada por la pérdida. (Bettelheim, citado por Díaz, 2003.)

Bettelheim (citado por Díaz, 2003) le da un lugar privilegiado al rito funerario en la elaboración del duelo. Si bien hay una aceptación de que es éste un trabajo psíquico que depende esencialmente del doliente y del lugar que el objeto perdido ocupa en su subjetividad, hay un insistente reconocimiento del ritual como acto que facilita esta labor psíquica<sup>2</sup>. Para los niños sobrevivientes del holocausto, ningún rito señaló el inicio del duelo o su finalización. La ausencia de un acto que marcara el inicio de la separación y permitiera luego la reintegración a la vida tuvo para estos niños, luego adultos, el efecto de un dolor inconcluso que pareciera dejar al doliente sin la libido que la realidad demanda para ser vivida.

Por su parte, Díaz (2016) refiere que muchos adultos creen que, si llevan al niño a un entierro o a un funeral, le van a traumatizar o van a generarle un recuerdo muy doloroso, negativo o imborrable que marcará toda su vida. Normalmente estos adultos han vivido situaciones similares en su infancia, bien porque el mensaje que se les inculcó fue el de un posible trauma si veían a un muerto, o porque participaron de los ritos sin ser advertidos antes de cómo eran y lo que iban a escuchar y ver.

En realidad, para los niños puede llegar a ser beneficioso participar en los ritos funerarios porque se sienten parte de la familia, participan del apoyo social y, además, empiezan a “reubicar” el muerto en sus vidas a través del recuerdo, haciendo real la pérdida. Participando en el rito, el niño y el adolescente comienzan a hacerse cargo de la realidad: la persona ha fallecido, pasa de ser algo ficticio en la imaginación a ser real, ha pasado y está ahí (Díaz, 2016.)

No obstante, sí conviene anticiparles a los niños lo que van a ver, cómo va a ser la ceremonia y qué es esperable que ocurra. De ese modo se reducirá el impacto que puede generarles el hecho de encontrarse cosas nuevas que no pueden prever.

---

<sup>2</sup> Es importante tener en cuenta la importancia de los rituales como coadyuvantes en el proceso de duelo, lo cual no quiere decir que representen una especie de condición para su elaboración.

Los más pequeños necesitan explicaciones adaptadas a su edad y un adulto que los acompañe y dé respuesta a sus dudas. Los adolescentes pueden requerir tanta compañía como intimidad, lo que es importante es que el entorno responda a las necesidades emocionales que tengan para que puedan empezar a elaborar el duelo. Para Díaz (2016), el hecho de tratar la muerte como parte de la vida no sólo no traumatizará a los niños, sino que les ayudará a crear recursos externos e internos para afrontar las múltiples pérdidas a lo largo de la vida.

En conclusión, las costumbres y rituales funerarios de todos los tiempos han ayudado al ser humano herido por la muerte del ser amado y le han permitido una vía simbólica para la elaboración de su dolor. La supresión de las manifestaciones que acompañan al duelo, dice Thomas (citado por Díaz, 2003) “conduce a una tensión insoportable que multiplica las depresiones entre aquéllos que han sido tocados por la muerte del ser querido, reprimiéndose toda posibilidad de una expresión liberadora del sufrimiento”.

## CAPÍTULO IV

### *El trabajo de duelo (Al: Trauararbeit).*

La expresión Trauararbeit o trabajo de duelo, es introducida por Freud (1917) en *Duelo y Melancolía*. Para Freud este proceso no se presentaba como resultado de una disposición única y objetiva de la restauración pues, al ser una actividad del sujeto, esta, evidentemente podía fracasar y por lo tanto extrapolarse en una dimensión patológica.

Según Freud (1917), la existencia de un trabajo intrapsíquico de duelo se caracteriza por una particular falta de interés por el mundo exterior que aparece como consecuencia de la pérdida; el sujeto expresa una concentración de su energía en las expresiones de dolor acompañado del recuerdo del objeto, hasta que el lugar de confrontación entre el deseo y la prohibición, el yo, impulsado por un proceso de elaboración psíquica, decide tramitar la angustia, al considerar la satisfacción narcisista de mantener su unidad, lo que le impulsa finalmente a romper el lazo con el objeto desaparecido y elaborar nuevas catexis.

La dialéctica del pasado y del presente reflejada por el trabajo de duelo representa el conflicto de las formas individuales del goce y las prohibiciones sociales, o en otros términos, el deseo (Ello) y la prohibición (superyó) posicionan el sistema percepción-conciencia y los mecanismos de defensa como un lugar de conflicto y el punto donde la angustia hace irrupción en la existencia.

De esta manera, en la cura psicoanalítica, el papel del trabajo de duelo en relación con la experiencia clínica, consiste justamente, mediante un juego de satisfacción y de frustración, en reducir la intensidad del conflicto entre las instancias psíquicas, en ampliar y volver más laxos los mecanismos de defensa, pero sobre

todo se trata de desmitificar la idea de suprimir el conflicto, se trata de transformar la contradicción neurótica en una tensión normal.

Vemos entonces cómo una de las acepciones que tiene la palabra duelo, es la confrontación entre dos rivales potencialmente antagónicos, en la cual, uno de los dos debe triunfar sobre el otro. Esto es, una tendencia que empuja hacia la vida y otra tendencia que empuja a mantenerse del lado de la muerte, del lado del objeto perdido (Mesa, 2012.)

Pero, ¿En qué consiste entonces el trabajo de duelo? Pues bien, es un procedimiento lento y doloroso que tiene como punto de partida la noticia de la pérdida de un objeto amado y como punto de llegada la renuncia y el reencuentro con un deseo por la vida, pero este proceso que debe ser ejecutado con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, resulta extraordinariamente doloroso. El trabajo de duelo entonces, se podría expresar como un proceso que está estructurado en una dialéctica, una especie de diálogo entre la realidad expresada como un mandato y la respuesta libidinal del sujeto (Mesa, 2012)

En un primer avance del proceso de duelo el examen de la realidad le ha dicho al sujeto que el objeto no existe más, que ha muerto. Este mandato le exige retirar las cargas de libido puestas en él. A esta exigencia la respuesta subjetiva es la negación. ¡El sujeto dice No!, no es posible, no puede ser, mentira, no puedo creer. Puesto que el sujeto posee una tenaz adherencia a las fuentes de placer disponibles y la dificultad a renunciar a ellas es una tendencia general del aparato psíquico que se rige por el principio del placer (Mesa, 2012, p.4.)

En el texto *Los dos principios del suceder psíquico*, Freud (citado por Mesa, 2012), plantea que a pesar de la introducción del principio de realidad que se caracteriza por la atención, la percepción, la memoria, el discernimiento y el pensamiento consciente esto es, que se rige por el mandato de la realidad, una porción de nuestra vida anímica permanece disociada, libre de toda confrontación

con la realidad, esta porción de la vida anímica está regida por el principio de placer y busca su satisfacción de manera independiente, siendo así mismo lo que verdaderamente comanda las relaciones del sujeto con lo real, por paradójico que ello pueda parecer.

En un segundo avance, Freud (citado por Mesa, 2012) antepone nuevamente lo normal como la victoria de la realidad, pero la respuesta del sujeto, es lenta, paulatina y con un enorme costo de dolor, asumir la realidad, despertar, implica un enorme gasto de tiempo y energía. En un tercer avance, al imperativo de la inexistencia del objeto, le responde el sujeto conservando mientras tanto su existencia psíquica. Entonces, si en el primer avance Freud confronta al principio del placer con el principio de realidad, en este avance, confronta al objeto real con un objeto de existencia psíquica, con el cual el sujeto se ha independizado de la exigencia de la realidad.

Entonces, ¿De qué objeto se trata ahora en el proceso del duelo?, Se trata de un objeto amado, idealizado, temido, odiado, pero un objeto que el sujeto ha cargado de representaciones y de libido ya no contando con los atributos propios del objeto en la realidad sino con los atributos de su propio deseo. El estatuto psíquico del objeto depende de la libidinización, de la opción del sujeto, de las respuestas del lado del sujeto. Por esto, en el cuarto avance, mientras la realidad no ha cesado de exigir su obediencia, no deja de insistir en la falta, el sujeto aún da unos rodeos económicos más: “Cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen un punto de enlace con el objeto es sucesivamente despertado, sobrecargado, realizándose en él una sustracción de libido” (Mesa, 2012, p.5.)

En el momento final del proceso hay por fin una *renuncia* al objeto, un consentimiento con su pérdida, un desprendimiento de la libido puesta en él, y es esto lo que finalmente le permite al sujeto optar nuevamente por la vida: “El duelo mueve al yo, a renunciar al objeto, comunicándole su muerte, ofreciéndole como premio la vida para decidirla” (Freud, citado por Mesa, 2012, p.5.) Al final de todo

este proceso al que Freud llama *trabajo*, lo que aparece de manera evidente es que el sujeto es quien lo realiza y su salida es la elección del sujeto que se plantea ya no desde el debate entre el principio de realidad y el principio del placer sino entre el goce y la vida. Entre permanecer aferrado al dolor como último modo de amar o apostar por un nuevo amor que sea compatible con la vida (Mesa, 2015.)

Cabe resaltar, que *trabajo* también se refiere a un esfuerzo, a un acto que depende de la decisión del sujeto en tanto renuncia dice Freud (citado por Mesa, 2012) renuncia sin duda al objeto, pero renuncia también al goce que el dolor reporta. Esto parece sin duda paradójico, pero, lo novedoso que el aporte de Freud revela es que el sujeto no siempre desea su bien.

Así, Freud nos muestra que esto que llama trabajo es en sí mismo un proceso, una elaboración, una formación, un tratamiento. El sujeto trata lo real, o innombrable, lo enigmático, lo imposible de soportar de la muerte con lo simbólico, de la misma manera que en el curso de su obra se refiere al trabajo del sueño, para decir que el sueño elabora, transforma ideas latentes, huellas mnémicas, carga pura sin representación de palabra, en imágenes verbales, en texto conciente, legible (Mesa, 2012.)

## CAPÍTULO V

### *El duelo infantil un puente entre el dolor y la posibilidad de seguir creciendo*

Los niños, ineludiblemente, se enfrentan a pérdidas a lo largo del desarrollo, como los cambios físicos, psíquicos y/o sociales que implican crecer interna y externamente. En relación con la pérdida por muerte, en el proceso de duelo se distingue un período de desasosiego, que el menor lo expresa de una manera diferente a la de un adulto, pues si bien el adulto exterioriza su pena por vía de la palabra, la forma en que un niño lo hace, será a través del juego, los cuentos, los dibujos, etc. (Narváez, Salas, Zambrano, 2016.)

Los niños viven el duelo como una experiencia nueva y buscan respuestas y consuelo en sus mayores (García, Mellado y Santillán, 2010.) Se considera entonces que las pérdidas de las personas significativas en la vida del niño o niña generan un impacto considerable en su vida psíquica y emocional y además irrumpen en su entorno familiar y cotidiano. Si bien, se sabe que las “pérdidas son parte de la vida humana” (Leader, 2008, p.11), no puede eludirse el considerar que dichas pérdidas alteran la vida cotidiana y pueden ocasionar en el niño una serie de reacciones y emociones ante la pérdida<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Para Kröen (citado por García, Mellado y Santillán, 2010), en el niño puede presentarse: *Negación*: mostrándose agresivo o más contento y juguetón que de costumbre. *Idealización*: manteniendo una relación imaginaria con la persona perdida. *Culpabilidad*: Puede creer que él ocasionó la muerte. *Miedo y vulnerabilidad*. Intenta ocultar sus sentimientos, sobre todo a los niños de su edad, porque no quiere que sus amigos o compañeros de la escuela lo perciban diferente. Sus temores más frecuentes son: ¿causé yo la muerte?, ¿me pasará esto a mí?, ¿quién me cuidará? *Ocuparse de los demás*. Asumir el lugar del fallecido y cuidar de sus hermanos más pequeños.

Los niños desde un comienzo logran plantearse las conflictivas existenciales, a las que intentará dar respuesta a lo largo de su vida. “Las incógnitas que han de acompañarnos a través de toda la vida, a las que damos respuestas influidas por situaciones individuales, culturales y religiosas, tienen un sustrato básico que el niño conoce o desea conocer” (Aberastury, citado por Ungo, 2015, p.18). Entre estas incógnitas que refieren a conflictivas existenciales comunes al ser humano en su conjunto y que el niño se plantea, se ubican “el origen de la vida, el misterio de la muerte, y todo aquello que va viendo evolucionar en él y los demás” (Aberastury, citado por Ungo, 2015, p.18).

El develar estas incógnitas no es nunca tarea fácil para el niño dado que “El silencio, las mentiras o las explicaciones falsas otorgadas por los adultos” (Donzino, citado por Ungo, 2015, p.18), generadas por la creencia errónea de protección a los pequeños, y con la premisa de que estos ignoran y no se plantean esas conflictivas, producen un extrañamiento e intenso dolor en el pequeño. “Cuando el adulto miente cree defender al niño del sufrimiento. En una actitud similar al del pensamiento primitivo, piensa que negando el dolor mágicamente lo anula.” (Aberastury, citado por Ungo, 2015, p.18.)

Winnicott (citado por Narváez, Salas, Zambrano, 2016), refiere en su libro *Acerca de los niños*, que los adultos tienden a suponer que los niños se recuperan rápidamente ante cualquier acontecimiento, incluyendo la pérdida. Como resultado, el adulto arrastra al niño a un estado de falsa animación suponiendo que eso que le aflige será olvidado pronto.

En cuanto a lo relacionado con las tareas de duelo infantil, Webb (citado por García, Mellado y Santillán, 2010), sugiere que las tareas de duelo en los niños deben contemplarse de manera distinta en virtud de la inmadurez de su desarrollo tanto cognitivo como emocional, y de que enfrentan cambios constantes debido a su proceso de desarrollo. Por ejemplo, la tarea de decir adiós puede no ser rea-lista

para niños pequeños, ya que intentarán retener a la persona en una fantasía como un recurso para confortar a su ego e integridad, o pueden ser incapaces de comprender la abstracción *muerte*, y beneficiarse de hacer algo tangible por la persona muerta, como escribir un poema, encender una vela o poner una rosa.

En este orden de ideas, Giacchi (citado por García, Mellado y Santillán, 2010), recomienda que los adultos hagan participar al niño en las ceremonias asociadas con la muerte - velorio, funeral, entierro- pues estos rituales pueden ayudarle a comprender la realidad de ésta y a iniciar el proceso de duelo. Además, sugiere que se le explique con antelación qué verá, escuchará y el porqué de esos ritos, y que se le anime a ver el cadáver y, previamente, describirle qué aspecto tendrá para eliminar falsas creencias al respecto.

En el caso de los duelos donde la persona fallecida es uno de los progenitores, el padre o la madre que permanece, pasa a desempeñar un papel aún más importante y significativo para el niño quien buscará contención en él o ella, fundamentado esto en las características de la pérdida acaecida y el impacto producido en el niño o niña que seguramente sea mayor que el de otras pérdidas:

[...] siempre que un niño debe vivir la experiencia de muerte de uno de sus padres encara una separación irruptiva que de algún modo fractura el eje de su continuidad vital. Se aproxima al saber de una verdad descarnada que golpea su narcisismo en momentos formadores del yo. Se enfrenta al dolor de la pérdida provocada por una ausencia irreversible que a su vez le anuncia el desvanecimiento de un vínculo proveedor de sostén (Ihlenfeld de Arim, S, citado por Ungo, 2015, p. 20)

Lo anterior, genera un desvalimiento del niño o la niña en formación, puesto que la pérdida lo empuja a los límites de la capacidad de elaboración de su psiquismo y ante semejante pérdida, toma una importancia destacada el vínculo con la figura parental sobreviviente. “Podemos pensar que en las situaciones de duelo por muerte de alguno de los padres el vínculo con el padre sobreviviente marcará, de

algún modo, las características del trabajo interno que pueda realizar el niño frente a la pérdida.” (Ihlenfeld de Arim, S, citado por Ungo, 2015, p.20.) Esto último podría inferirse, debido a la dependencia de los niños para con los adultos y sobre todo por el papel que desempeñan las figuras parentales en la infancia.

Esta relación necesaria entre el pequeño y la figura parental sobreviviente, requiere de un especial empeño por parte del adulto, dado que el infante demandará en el transcurso de su duelo de una mayor atención proveniente de él y es menester del adulto brindar tiempo, contención y herramientas a ese niño o niña, labor que puede no resultar sencilla teniendo en cuenta que el padre o la madre sobreviviente al igual que el niño se encuentra afectado:

El progenitor que sobrevive carga con un doble trabajo de duelo, el de la pérdida de su pareja, pero también el de reubicarse en el ser un padre sin cónyuge frente a hijos huérfanos lo cual a él también lo remite a angustias primarias de añoranza por el objeto protector y de desvalimiento frente a la ausencia. (Ihlenfeld de Arim, S, citado por Ungo, 2015, p. 21.)

Lo indicado cobra relevancia debido a que el proceder del sujeto al enfrentar las pérdidas desde la niñez, marcará el modo de asumirlas a lo largo de su vida. Dado que el desarrollo psíquico de los niños/as es muy particular porque no se cuenta con los recursos propios suficientes que promuevan apalabrar sus tristezas, es responsabilidad de los adultos, incluyendo al psicólogo, facilitar a los niños y niñas la tramitación de aquello que les produce mal-estar (Narváez, Salas, Zambrano, 2016.)

Al respecto Worden (2013) plantea que las tareas del duelo que se aplican a los adultos también se aplican a los niños. Sin embargo, se deben entender y modificar en función del desarrollo cognitivo, personal, social y emocional de cada niño. Dicho autor refiere que:

- Todos los niños pasan por un proceso del duelo, pero las diferencias de este proceso están determinadas por su desarrollo cognitivo y emocional.
- Es evidente que la muerte de uno de los padres es un trauma, pero en sí misma no dificulta necesariamente el desarrollo del niño.
- También es importante tener presente que el duelo puede no acabar de la misma manera para un niño que para un adulto. El duelo por una pérdida de la infancia se puede revivir en muchos momentos de la vida adulta si lo reactivan acontecimientos vitales importantes. Uno de los ejemplos más evidentes es cuando el niño alcanza la edad que tenía el progenitor al morir. El hecho de que este duelo se reactive es un paso más en su elaboración y no presagia necesariamente una patología.

## CAPÍTULO VI

### *Los cuentos de hadas, el juego y el dibujo como recursos de simbolización para tramitar el dolor*

Los cuentos de hadas brindan contribuciones psicológicas positivas al crecimiento interno del niño. Al hacer referencia a los problemas humanos universales, especialmente aquellos que preocupan a la mente del niño, estas historias hablan a su pequeño yo en formación y estimulan su desarrollo, mientras que, al mismo tiempo, liberan al preconscious y al inconsciente de sus pulsiones. A medida que las historias se van descifrando, dan crédito consciente y cuerpo a las pulsiones del ello y muestran los distintos modos de satisfacerlas, de acuerdo con las exigencias del yo y del super-yo. (Bettelheim, 1977.)

De acuerdo con Bettelheim (1977) para que una historia pueda enriquecer la vida de un niño, ha de estimular su imaginación, ayudarlo a desarrollar su intelecto y a clarificar sus emociones, ha de estar de acuerdo con sus ansiedades y aspiraciones, hacerle reconocer plenamente sus dificultades y al mismo tiempo sugerirle soluciones a los problemas que le inquietan, permitiendo entonces, darle pleno crédito a la seriedad de los conflictos del niño, sin disminuirlos en absoluto, y estimulando simultáneamente su confianza en sí mismo y en su futuro.

Presentar al cuento como una alternativa para trabajar las pérdidas con niños/as, brinda la posibilidad de considerar a los cuentos de hadas como recursos que pueden estimular diversas áreas del desarrollo tanto intelectual como emocional en los niños y ayudar por medio de la metáfora y la simbolización a la elaboración de una pérdida. Además, permiten enfrentar y poner en palabras situaciones difíciles o

dolorosas que conllevan angustia, brindando la posibilidad de emplear dichos cuentos como una herramienta de uso terapéutico (Narváez, Salas, Zambrano, 2016.)

Freud (citado por Bettelheim, 1977) afirmó que el hombre sólo logra extraer sentido a su existencia luchando valientemente contra lo que parecen abrumadoras fuerzas superiores. Éste es precisamente el mensaje que los cuentos de hadas transmiten a los niños, de diversas maneras: que la lucha contra las serias dificultades de la vida es inevitable, es parte intrínseca de la existencia humana; pero si uno no huye, sino que se enfrenta a las privaciones inesperadas y a menudo injustas, llega a dominar todos los obstáculos alzándose, al fin, victorioso (Bettelheim, 1977.)

La gran riqueza contenida en los cuentos clásicos y su importancia a la hora de otorgar a los niños herramientas para superar los obstáculos vitales, radica en su virtud de tratar nociones trascendentales para la vida anímica, desde un plano simbólico (Ungo, 2015.) A diferencia de las historias o cuentos “seguros” que no mencionan ni la muerte ni el envejecimiento, límites de nuestra existencia, ni el deseo de la vida eterna, los cuentos de hadas enfrentan debidamente al niño con los conflictos humanos básicos (Bettelheim, 1977.)

Por ejemplo, muchas historias de hadas empiezan con la muerte de la madre o del padre; en estos cuentos, la muerte del progenitor crea los más angustiosos problemas, tal como ocurre (o se teme que ocurra) en la vida real. Otras historias hablan de un anciano padre que decide que ha llegado el momento de que la nueva generación se encargue de tomar las riendas. Pero, antes de que esto ocurra, el sucesor tiene que demostrar que es digno e inteligente. La historia de los Hermanos Grimm “Las tres plumas” empieza: “Había una vez un rey que tenía tres hijos [...] El rey era ya viejo y estaba enfermo y a menudo pensaba en su fin, no sabía a cuál de sus hijos le dejaría el reino”. Para poder decidir, el rey encarga a sus hijos una difícil empresa, el que mejor la realice “será rey cuando yo muera” (Bettelheim, 1977.)

Los cuentos de hadas se toman muy en serio los problemas y angustias existenciales y hacen hincapié en ellas directamente: la necesidad de ser amado y el temor a que se crea que uno es despreciable; el amor a la vida y el miedo a la muerte. Además, dichas historias ofrecen soluciones que están al alcance del nivel de comprensión del niño. El destino de los héroes contenido en los cuentos de hadas convence al niño de que, como ellos, puede encontrarse perdido y abandonado en el mundo, andando a tientas en medio de la oscuridad, pero, como ellos, su vida irá siendo guiada paso a paso y recibirá ayuda en el momento oportuno (Bettelheim, 1977.)

El héroe es mucho más atractivo para el niño, que se identifica con él en todas sus batallas y debido a esta identificación, el niño imagina que sufre, junto al héroe, sus pruebas y tribulaciones, triunfando con él, puesto que la virtud permanece victoriosa. Así pues, el niño se identifica con este personaje, de tal forma que las victorias de él son tomadas como las suyas propias. “[...] la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como “modelo”. (Freud, citado por Narváez, Salas, Zambrano, 2016). Aquellos cuentos que tienen éxito narran historias con las que el niño, de forma consciente o inconsciente, se identifica, debido a que en la infancia el yo aún no se ha fortalecido y el sujeto se enfrenta a los “caprichos” del ello, en contraposición a las exigencias y demandas del superyó.

El pensamiento popular sobre el cuento, hace referencia a una historia que narra una situación entretenida con un mensaje al niño. Contrarrestando este pensamiento común, Bettelheim (1977), propone un importante aporte al respecto: aprender a leer no tiene tanto valor, si aquello para lo que se nos ha enseñado no aporta nada importante a la vida propia, en referencia a la vida psíquica y emocional. El niño/a da forma al malestar interno con ayuda de la fantasía, que, sin saberlo, el sujeto logra simbolizar. De este modo, ordena y elabora eso que ha sido reprimido por el inconsciente y canaliza los impulsos por medio de la imaginación fantasiosa.

El cuento lo conforta mucho más que los esfuerzos por consolarlo basados en el razonamiento y opiniones adultos.” (Bettelheim, 1977.)

Una gran ventaja de los cuentos de hadas consiste en que tienen una estructura consistente, con un principio bien definido y un argumento que avanza hacia una solución final satisfactoria (Bettelheim, 1977) Las dimensiones simbólicas contenidas en los cuentos de hadas abarcan un muy amplio espectro, en el que se encuentran el entendimiento a nociones que responden a la vida y naturaleza del hombre, entre las que se ubican tanto nociones referentes a ideales de bondad, lealtad, etc., como otras que emergen de la maldad, la muerte y la injusticia. Las mismas solo son abordadas mediante la vía de los cuentos de hadas, y en virtud de ello se logra dar significado a los mismos (Ungo, 2015.)

La muerte es un elemento recurrente entre los cuentos de hadas, utilizado para escenificar situaciones y tramas, que desde la fantasía evocan circunstancias de la vida cotidiana, es común encontrar en estas historias fantásticas, elementos que hacen alusión a la muerte de un ser querido, ya sea como dinámica del inicio de dichos cuentos o en el transcurrir de la trama. Así, estas historias movilizan angustias referentes al miedo, a las pérdidas acaecidas en la vida real, además de ser vehículos para transmitir valores y distinciones entre lo bueno y lo malo, estableciendo a la muerte como límite finito de la vida y otorgándole mediante la falta de algún personaje un valor trascendental para la obra, donde un personaje importante da paso a otro, pero no sin que éste antes deba demostrar que es merecedor de tal distinción mediante sus buenas acciones y obrando en virtud de los demás (Ungo, 2015.)

Entre las características que debería tener un cuento, es preciso, por ejemplo, que estimule la función simbólica, entendiendo la misma como el paso por la palabra de los pensamientos que se han registrado a nivel imaginario; siendo atractivo al lector. Es aquí donde se ubica la identificación, indispensable porque es “la más temprana exteriorización de la ligazón afectiva con otra persona” (Freud, citado por

Narváez, Solano, Zambrano, 2016), lo cual implica reconocerse en otro distinto, porque algo hay en este que despierta en el niño su vida afectiva. En la identificación con el personaje, el niño proyecta su propia historia, en este sentido, las victorias del personaje son tomadas como las suyas propias.

Por consiguiente, según Bettelheim (1977) los cuentos que tienen éxito, narran historias que involucran al niño y dan cuenta de la parte emocional-psicológica, poniendo en juego la lucha interna por manejar los impulsos. Además, el niño/a da forma al malestar interno con ayuda de la fantasía, en la que, la imaginación se convierte en un mecanismo que da cuenta del deseo de restauración. “Al darle a un niño algo con lo cual pueda ordenarse desde dentro, se le da toda clase de satisfacciones” (Winnicott, citado por Narváez, Solano, Zambrano, 2016.)

El cuento es un juego que abre la posibilidad al sujeto de explorar y enfrentar la realidad de manera suficientemente lejana para que no cree un impacto traumático o doloroso, y pueda dar sentido a las percepciones parciales del mundo externo, ya sean estas agradables o desagradables; es así que a través de esta teatralidad que involucra el cuento, ocurre una puesta en escena de aspectos que movilizan al sujeto, lo que resulta en la reelaboración de acontecimientos penosos que no pueden ser tramitados por vía de la palabra. El emplear un cuento de modo terapéutico deviene de suma importancia, puesto que, en el protagonista del cuento, el niño proyecta su propia historia (Narváez, Solano, Zambrano, 2016.)

Por otro lado, Freud<sup>4</sup> (citado por Garaigordobil, 2008) plantea los mecanismos psicológicos de la *actividad lúdica* dentro de su trabajo *Más allá del Principio del Placer*. Sus aportaciones pueden identificarse en cuatro enunciados:

---

<sup>4</sup>Freud, sin proponerse crear una teoría sobre el juego, trata el tema en relación con su tentativa de penetrar en el otro lado del principio del placer, pero abre una vía importante en la comprensión de la naturaleza del juego infantil. En su obra se encuentra la descripción e interpretación del juego de un niño pequeño. En 1909 en el análisis que realiza de la fobia de un niño de 5 años (caso Juanito) interpreta el juego, los sueños y las fantasías pero será en 1920, al observar el juego de un niño de 18 meses, cuando plantea los mecanismos psicológicos de la actividad lúdica dentro de su trabajo *Más allá del Principio del Placer* (Garaigordobil, 2008.)

- *El juego es un instrumento de elaboración de experiencias traumáticas mediante la repetición simbólica:*

Para Freud (citado por Garaigordobil, 2008) el juego es fundamentalmente actividad simbólica en la medida en que el niño repite situaciones que ha vivido en la realidad. De este modo resalta la ficción del juego y propone que el simbolismo aparece porque el contenido de los símbolos se halla reprimido en el inconsciente. En 1920 describe la actividad lúdica de su nieto de 18 meses que consistía en hacer desaparecer fuera de su campo visual un carretel de madera que tenía atado un hilo, al tiempo que exclamaba con expresión de placer “o-o-o-o” que podía significar “fort” (fuera) y luego lo hacía aparecer tirando del hilo exclamando “da” (aquí) encontrando gran placer en esta segunda parte del juego.

Esta actividad lúdica la interpreta como el modo que utiliza el niño para dominar sus angustias frente a la separación de la madre (simbolizada en el carretel.) Al jugar podría separarse de la madre sin peligro de perderla, puesto que el carretel volvía cuando lo deseaba. A través de este juego podía además descargar fantasías agresivas y de amor frente a la madre sin ningún riesgo, ya que ello no tenía las consecuencias que podían tener en la realidad. Freud (citado por Garaigordobil, 2008) supone en este juego la simbolización de una situación traumática para el niño (la marcha de la madre) y que con esa repetición simbólica en la que se hace dueño de la situación (activo lo sufrido pasivamente), se produce la consecuente elaboración de la angustia que le crean estas situaciones que le impone la realidad.

Freud (citado por Garaigordobil, 2008) observó que el niño no jugaba solamente a lo que era placentero (repetición de situaciones que le han provocado satisfacción), sino que al jugar también repetía situaciones dolorosas, elaborando así lo que era excesivo para su “yo”. De este modo conceptualiza su teoría traumática del juego: “Los niños repiten en sus juegos todo aquello que en la vida les ha causado una intensa impresión y de este modo procuran un exultorio a la energía de la misma, haciéndose, por decirlo así, dueños de la situación” (Freud, citado por Garaigordobil, 2008, p. 10)

Partiendo de estas observaciones postula este carácter elaborativo del juego, puesto que en su opinión el niño elabora lo que ha sufrido pasivamente al repetirlo simbólicamente, al manejar en el juego activamente la situación que ha sufrido de forma pasiva.

- *El juego es una fuente de placer, incluso la repetición de experiencias penosas se enlaza con el placer:*

Freud (citado por Garaigordobil, 2008) se plantea cómo puede estar de acuerdo con el “Principio del Placer” el hecho de que el niño repita como juego un suceso penoso para él y analiza las estrechas relaciones entre la repetición y el placer: “La única razón de que el niño repitiera como juego una impresión desagradable era la de que a dicha repetición se enlazaba una consecución de placer de distinto género, pero más directa” (Freud, citado por Garaigordobil, 2008, p.10.) En su opinión, la ansiedad del niño en la infancia es muy intensa y es la presión de estas ansiedades tempranas la que pone en movimiento la compulsión a la repetición, mecanismo estudiado por él en el dinamismo de la transferencia y en el impulso a jugar atribuidos a los contenidos inconscientes: “La compulsión a la repetición debe atribuirse a lo reprimido inconsciente” (Freud, citado por Garaigordobil, 2008, p.10.)

- *El juego es un disfraz de la libido, realizador de deseos y vía de descarga de la vida pulsional infantil:*

Para Freud (citado por Garaigordobil, 2008) el juego es “realización de deseos”. El mundo lúdico representa un espacio mental donde los objetos interactúan y en el que se puede dar la descarga de impulsos que en la relación objetal directa sería imposible. La vida pulsional infantil se despliega en el juego a través de impulsos sexuales y agresivos: “El arrojar el objeto de modo que desapareciese o quedase

fuera podría ser así mismo la satisfacción de un impulso vengativo contra la madre por haberse separado del niño” (Freud, citado por Garaigordobil, 2008, p.10.) Así, subraya este carácter sustitutivo del juego al señalar que el juego de desaparición y retorno de los objetos le permite renunciar a una satisfacción instintiva, no oponiendo resistencia a la partida de la madre y le posibilita satisfacciones desviadas de impulsos reprimidos de venganza contra la madre por separarse de él, pero sin las consecuencias de hacerlo en la realidad.

Desde este punto de vista, el juego actuaría como disfraz de la libido teniendo por ello una función catártica. En 1900 Freud (citado por Garaigordobil, 2008, p.10.) consideró que la utilidad del juego consistía en realizar mediante estas satisfacciones desviadas una verdadera catarsis: “Las situaciones que ofrecen los juegos dan a la libido la ocasión de expresarse y desplegarse” (Freud, citado por Garaigordobil, 2008, p.11.) Sin embargo, en 1920, destaca el carácter de elaboración del juego por el mecanismo de simbolización y por el de la compulsión a la repetición, planteando el valor terapéutico del juego.

Al analizar el deseo subyacente o el motor de la actividad lúdica infantil, Freud (citado por Garaigordobil, 2008) propone que todo juego infantil se halla bajo la influencia del deseo dominante en esta edad: “el de ser grandes y poder hacer lo que los mayores” (Freud, citado Garaigordobil, 2008, p.11.)

- *Relevancia del juego en el desarrollo de la personalidad infantil:*

La interpretación freudiana del juego fomentó la elaboración de nuevas formulaciones sobre por qué juega el niño y su valor en el desarrollo de la personalidad. A partir de sus descubrimientos se comprende que, pese a que el niño no puede expresarse totalmente con palabras, lo hace en un lenguaje preverbal a través de sus dibujos o juegos siendo posible acceder al significado latente de éstos. Melanie Klein (citada por Garaigordobil, 2008) extrajo conclusiones importantes sobre el juego infantil, especialmente referidas a su función en el desarrollo de la personalidad. Aporta a la investigación del juego cinco ideas referidas a su función:

- *El juego es un lenguaje de símbolos como el sueño:*

Klein (citada por Garaigordobil, 2008) en su obra “Psicoanálisis de niños” señala que el juego es el mejor medio de expresión del niño, una forma de expresión natural en él y lo concibe como un lenguaje que ha de analizarse con los mismos parámetros que el psicoanálisis estudia el sueño: El niño expresa sus fantasías, sus deseos y sus experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y sólo comprenderemos totalmente este lenguaje si nos acercamos a él.

El simbolismo es sólo una parte de dicho lenguaje. Si deseamos comprender correctamente el juego del niño en relación con su conducta total durante la hora de análisis, debemos no sólo desentrañar el significado de cada símbolo separadamente, por claros que ellos sean, sino tener en cuenta todos los mecanismos y formas de representación usados en el trabajo onírico, sin perder de vista jamás la relación de cada factor con la situación total. El análisis de niños muestra repetidamente los diferentes significados que puede tener un simple juguete o un fragmento de juego y sólo los comprenderemos si conocemos su conexión adicional y la situación analítica global en la que se ha producido.

Así se equipara la actividad lúdica infantil con la libre asociación del adulto: “El contenido de sus juegos, el modo como juega, los medios que utiliza y los motivos que se ocultan tras un cambio de juego, el por qué no jugará más con agua y cortará papel o dibujará, todos estos hechos siguen un plan cuyo significado captaremos si los interpretamos como se interpretan los sueños. Empleando la técnica de juego vemos pronto que el niño proporciona tantas asociaciones a los elementos separados de su juego como los adultos a los elementos separados de sus sueños, jugando el niño habla y dice toda clase de cosas que tienen el valor de asociaciones genuinas.

- *El juego es un mecanismo de elaboración de la ansiedad:*

Desde el punto de vista de Klein (citada por Garaigordobil, 2008) el juego es una forma que tiene el “Yo” infantil para dominar la ansiedad y por intermedio de esta actividad, el niño transforma experiencias sufridas pasivamente, en activas, cambia el dolor por placer, dando a estas experiencias un final feliz. De este modo ratifica la interpretación freudiana del juego de esconder objetos y reencontrarlos, como un medio que le ayuda al niño en la superación de sus sentimientos de pérdida y aflicción.

Para esta psicoanalista el niño en el juego no sólo vence las realidades dolorosas, sino que también domina sus miedos instintivos internos proyectándolos al exterior, mecanismo que es posible gracias a la temprana capacidad de simbolizar y proyectar. Por ello, desde su perspectiva, el juego le hace posible una prueba de realidad, “es un puente entre fantasía y realidad”. Klein (citada por Garaigordobil, 2008) consideró que, gracias a los mecanismos de proyección y escisión, el juego permite descargar por medio de la personificación, la ansiedad de los conflictos intrapsíquicos.

La proyección de todos los conflictos y de la angustia que los acompaña en la realidad externa, le permite una mayor comprensión de la realidad y un alivio de esta ansiedad interna. El juego, no es sólo satisfacción de deseos, sino triunfo y dominio de la realidad, gracias al proceso de proyección de los peligros internos en el mundo externo. Complicado proceso en el que se utilizan todas las fuerzas del “Yo”, por el que el juego transforma la angustia del niño en placer. Desde esta perspectiva, el juego no suprime, sino que canaliza las tendencias, por eso el niño que juega reprime menos que el que tiene dificultades para simbolizar y dramatizar sus conflictos.

- *La inhibición del juego cursa paralela a la inhibición del aprendizaje:*

Klein (citada por Garaigordobil, 2008) propone en su artículo “Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual”, que son las fantasías las que promueven y mantienen el desarrollo del interés por el mundo externo y el proceso de aprendizaje del mismo, que de ellas se extrae la fuerza para organizar el conocimiento del mundo y de este modo establece la relación entre juego (expresión y desarrollo de fantasías) y desarrollo cognoscitivo. Esta autora sostiene que una cantidad de angustia es necesaria para la abundante formación de símbolos y fantasías, sin embargo, cuando es excesiva y el “Yo” no tiene capacidad adecuada para elaborarla, el sujeto erige defensas contra estos impulsos que tienen como consecuencia el cese de las fantasías y la formación de símbolos.

En su trabajo “La importancia de la formación de símbolos para el desarrollo del “Yo” demuestra, a través de material clínico, que la función simbólica primaria de los objetos externos permite la elaboración de la fantasía por el “Yo” y permite que las sublimaciones se desarrollen en el juego y en las manipulaciones, construyendo así un puente entre el mundo interno y el conocimiento de objetos físicos y acontecimientos.

A partir de sus experiencias con bebés, observa que el pequeño realiza desde el segundo mes de vida juegos de experimentación como método para adaptarse a la realidad y como medio activo de expresar fantasías (realización de deseos y defensa contra la ansiedad), señalando que cuando un niño no juega, ello es síntoma de que está reprimiendo sus fantasías porque las considera peligrosas y por los sentimientos de culpa que le despiertan, impidiendo la sublimación que implica el juego (inhibición del juego) y dando como resultado inhibiciones en el aprendizaje (inhibición de los intereses, de actividades, de la vida imaginativa.)

- *El juego crea y fomenta el desarrollo del pensamiento representativo:*

Klein (citada por Garaigordobil, 2008) considera que el juego espontáneo de representación crea y fomenta las primeras formas de pensamiento “como si”. En este juego el niño evoca por primera vez situaciones pasadas y ésta capacidad para evocar el pasado en el juego imaginativo parece estar estrechamente relacionada con la posibilidad de hacer hipótesis de futuro, con la posibilidad de realizar hipótesis constructivas y desarrollar simbólicamente las consecuencias bajo premisas condicionales (“Si...entonces...”) Desde este punto de vista el juego imaginativo es significativo no sólo por las intenciones de adaptación, sino también por el sentido de la realidad, por la actitud científica y por el desarrollo del razonamiento hipotético que promueve.

- *El juego tiene un relevante valor diagnóstico y terapéutico:*

En su obra “Psicoanálisis de niños” Klein (citada por Garaigordobil, 2008) subrayó que el juego es una forma de expresión natural en el niño, un medio a través del cual expresa fantasías, deseos, temores y experiencias (conscientes e inconscientes) de forma simbólica. Equipara el juego a la asociación libre del adulto y su enfoque terapéutico propone que, analizando las libres expresiones del juego desarrollado por el niño, del mismo modo que las asociaciones libres del adulto, se accede a las fantasías inconscientes del niño. Así pues, de acuerdo con Klein (citada por Garaigordobil, 2008) en el análisis del juego al tratar la situación presente como una situación de transferencia y al establecer sus conexiones con la situación originariamente experimentada o fantaseada, les da la posibilidad de liberar y elaborar la situación originaria en la fantasía.

Por lo que se refiere al *dibujo infantil*, desde la perspectiva psicoanalítica este hace parte de un procedimiento de indagación, que al tiempo comporta funciones terapéuticas. Así, los dibujos de los niños en la clínica promueven la exteriorización y elaboración de las angustias y traumas infantiles, debido a que el dibujar permite poner en operación unos procesos de simbolización, mediante los cuales se sustituyen unas representaciones por otras, al tiempo que psíquicamente se ligan afectos penosos derivados de las situaciones de angustia y trauma con nuevas representaciones que son asociadas a tales vivencias de la infancia. Mediante estos procesos de simbolización se crean entonces nuevas representaciones de estas vivencias, en las cuales los afectos penosos que ellas generan son finalmente distribuidos y tramitados mediante asociaciones de pensamientos que se organizan como nuevos sistemas simbólicos (Uribe, 2009.)

Dibujar, para el niño, se constituye en una actividad positiva porque inicialmente es motivante, facilita procesos de escritura y tiene efectos terapéuticos por ser un medio relevante de comunicación y expresión, porque satisface la necesidad de socializar su mundo interior y porque le proporciona un lugar seguro desde el cual puede tener control de la realidad externa y proyectar una realidad interna que pretende describir de forma no verbal. A través de la representación gráfica, el dibujo, nos comunica algo y toma mayor sentido si es una actividad libre, autónoma y espontánea en el niño (Pallares, 2011.)

El dibujo también puede llegar a comunicar algo, se representa un significativo (objeto, acontecimiento, imagen) que tiene un significado. Puede llegar a comunicar la polifonía de voces sobre las percepciones, imaginarios e ideas que se integran en el infante cognitiva, psicoafectiva y corporalmente, dado que se encuentra dentro de los propios intereses del niño. Un ejemplo de lo anterior, se encuentra en el proyecto *Pintando, contando y soñando el país de los niños y las niñas*, en el cual el acercamiento comprensivo y descriptivo a la situación vivida por niños y niñas

víctimas del desplazamiento forzado en municipios de los departamentos de Cundinamarca, Nariño, Putumayo, Magdalena Medio y Urabá, se basó principalmente en sus dibujos (así como en el relato y otras actividades simbólicas) (Pallares, 2011.) El material gráfico producido por alrededor de 2.400 niños y niñas dio suficientes elementos para el acercamiento al estado emocional y la observación de rasgos clínicos, así como a la forma en que se piensan a sí mismos, a su entorno y cómo se proyectan en medio de su situación de desplazamiento.

Se logró conocer su visión de la unidad familiar como aspecto positivo a la adversidad; la claridad con que ven los hechos que generan el desplazamiento; la resiliencia como factor que les permite resistir, rehacerse y adaptarse en un nuevo contexto; los sentimientos y emociones que afloraron dentro de una estructura temporal de pasado, presente y futuro: desde el miedo, el dolor, la tristeza, la elaboración de duelos (en el pasado), hasta la ansiedad y la ilusión e incluso la alegría en su proyección al futuro; los pensamientos antagónicos sobre la muerte y vida, guerra y paz, afecto y odio; su búsqueda de un espacio seguro y el reconocimiento *del poder de lo simbólico* en la elaboración del duelo y la recuperación (Pallares, 2011.)

Lo anterior, dio suficientes elementos para el diseño de una propuesta de atención psicosocial integral, donde ya el dibujo se había convertido en una forma de expresión y comunicación. De esta forma, en esta experiencia, el dibujo ya hacía parte de la terapia. Ahora bien, *la acción terapéutica* del dibujo en el infante no se limita a la aplicación de test de dibujo con objeto psicodiagnóstico; también se acuña el término “terapéutico” en el sentido del efecto relajante, gratificante y benéfico que puede producir en los niños y niñas, mediante la representación gráfica, el dibujo como medio de expresión artística (Pallares, 2011.)

Por tanto, se concibe al dibujo, no sólo como el instrumento diagnóstico de un fenómeno psicológico en el infante, sino también como mecanismo liberador, comunicativo y terapéutico. Al respecto Daniel Goleman (citado por Pallares, 2011,

p. 73) es muy categórico al afirmar que “el acto de *dibujar en sí mismo es terapéutico e indica el proceso de controlar el trauma*”. Es positivo, en la medida que el dibujo infantil permite manifestar emociones que, de forma verbal, en muchas ocasiones no se expresarían, sobre todo en niños y niñas víctimas de conflictos emocionales y situaciones de vulnerabilidad.

Sophie Morgestern, Ana Freud y Melanie Klein (citadas por Cohen, 2012) descubrieron en el ámbito terapéutico, que los niños evidenciaban la necesidad y la posibilidad de manifestarse a través de sus dibujos, como el adulto lo hace por medio de la palabra y descubren, además, que los dibujos utilizan, al igual que los sueños, un lenguaje simbólico. Surge entonces la idea del dibujo en cuanto comportamiento espontáneo e inconsciente, que se pone en relación con aspectos del mundo interno y la personalidad. Con esto, el dibujo ya no es sólo ni principalmente la expresión de la inteligencia, sino que se vuelve un medio para expresar la vida afectiva y emocional del sujeto (Cohen, 2012.)

El dibujo permite la *comunicación interpersonal* tanto consciente como inconsciente y por lo tanto constituye un lenguaje denominado como latente, silencioso, no verbal. *Expresa el mundo interno del sujeto*, supone un medio para expresar las fantasías y la creatividad. El dibujo constituye un complejo proceso a través del cual el niño reúne elementos diversos de su experiencia en una unidad distinta y con un nuevo significado. Sophie Morgestern (citada por Cohen, 2012) afirma que el niño se permite ser él mismo y representar, algunas veces, situaciones complicadas utilizando símbolos más o menos transparentes.

El dibujo tiene *una función de elaboración de conflictos*, pues le permite al niño expresar su realidad de una manera concreta, pero, al mismo tiempo, mediatizada, deformada, cumpliendo con una función de descarga, de sublimación, de elaboración de distintas situaciones, sentimientos o temores del sujeto.

## CAPÍTULO VII

### *El papel de lo simbólico y el niño como agente activo en el duelo infantil*

La capacidad que tienen los niños de “entrar en el significado” desde muy pequeños, de aprender a dar sentido, especialmente sentido narrativo, al mundo que los rodea, es una habilidad no sólo mental sino también social, un logro de práctica social que proporciona estabilidad en la vida social del niño (Bruner, 1991.) En este sentido, podría decirse entonces que en una situación de duelo infantil existe un “interpretante”, un joven ser humano que otorga una visión, un sentido al mundo que lo rodea frente a una situación de pérdida de alguno de sus progenitores.

El significado simbólico de la pérdida de un padre o madre, por tanto, dependería de la capacidad humana, en el presente caso del niño, para internalizar el lenguaje y usar su sistema de signos, brindando al niño la capacidad de “representar” la noción de la pérdida y poder desarrollar una resignificación de la situación penosa a partir de la interacción con los adultos que continúan a su lado y, por tanto, no adoptando un papel de mero espectador. Entonces, ¿cómo captaría el niño el significado de la situación de pérdida de uno de sus progenitores y del contexto particular en el que ésta se desarrolla?

De acuerdo con Bruner (1991) lo que determina el orden de prioridad con que el niño domina las formas gramaticales es el “impulso” de construir narraciones para lo cual se necesita de un medio que enfatice la acción humana o la “agentividad”, es decir, la acción dirigida a determinadas metas controladas por agentes, siendo necesario además del mantener un orden secuencial entre acontecimientos, una sensibilidad para lo que es canónico y lo que viola dicha canonicidad en la

interacción humana y en la que es relevante “la perspectiva de un narrador”, siendo posible el llanto y otras expresiones afectivas.

Una vez que los niños captan la idea básica de la referencia, es decir, una vez pueden nombrar, señalar la ocurrencia, y registrar el cese de la existencia de algo, su principal interés lingüístico se centra en la acción humana y sus consecuencias, especialmente en la interacción humana, en la que las personas y sus acciones dominan el interés y la atención del niño.

Resulta interesante lo planteado por Dunn (citado por Bruner, 1991) al manifestar que la comprensión social comienza siempre como una praxis en un contexto determinado en el que el niño es protagonista ya sea como agente, víctima o cómplice. Podría decirse entonces teniendo en cuenta lo abordado en la presente monografía que el infante aprendería a representar un papel en el “drama familiar cotidiano” generado durante el proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre, refiriéndose a las interacciones en las que están involucrados ellos mismos, oyendo relatos de sus propias interacciones o de sus expresiones afectivas frente a lo sucedido contados por sus hermanos, el padre o madre presente y demás familiares.

Retomando lo abordado por Freud (1991) sobre el funcionamiento de aparato psíquico es relevante retomar lo concerniente al *proceso primario* y *secundario*, al concebir la vida anímica como el resultado de la integración que desarrolla el sujeto en relación con su medio, cuya relación se genera a partir de una regulación entre la energía interna del sujeto y las energías externas del ambiente. El *proceso primario* es el que permite conseguir la satisfacción a partir de la realización de los deseos siendo dicho proceso inconsciente y manifiesto fundamentalmente en la actividad onírica, mientras que en el *proceso secundario* se encuentran procesos que presentan la realidad propia que tiene el sujeto, para así poder integrarse y adaptarse al entorno que se va constituyendo durante el transcurso de su vida.

Para Freud (1991) el proceso primario aspira a la descarga de la excitación a fin de producir, con la magnitud de excitación así reunida, una identidad perceptiva (con la vivencia de satisfacción), en cambio, el proceso secundario ha abandonado ese propósito y en su lugar adoptó el propósito de apuntar a una identidad de pensamiento (con esa experiencia.) El estudio de la formación de los síntomas y el análisis de los sueños conducen a Freud (1991) a reconocer un tipo de funcionamiento mental que presenta sus mecanismos propios y este modo de funcionamiento que el sueño pone especialmente en evidencia, no se caracteriza por una ausencia de sentido, sino por un movimiento incesante de éste.

El niño, tiene sus propios deseos, pero, dada la dependencia familiar de su afecto, estos deseos crean frecuentemente un conflicto al entrar en colisión con la ausencia de uno de sus padres ante una pérdida por fallecimiento. Ante este conflicto, el niño entonces emprendería un camino de agencia que le permita equilibrar sus deseos con respecto a la vivencia de la pérdida y frente a “sus compromisos hacia los otros miembros de la familia” (Dunn, citado por Bruner, 1991) permitiendo a los niños ser capaces de encontrar sentido en lo que “sigue ahora” en su vida cotidiana y que pueda dar cuenta de lo que hacen, sienten y creen sobre la situación penosa dando una “estructura” a lo que vivencian en situaciones de pérdida de uno de sus progenitores.

En la vida de un ser humano existe una zona intermedia de experiencia a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior, existiría, por tanto, de acuerdo con Winnicott (2003) un estado intermedio entre la incapacidad del bebé para reconocer y aceptar la realidad, y el proceso que sigue para ir incorporándose a esta. Esto último se encuentra relacionado con lo que el autor denomina como “la sustancia de la ilusión”.

Para Winnicott (2003) los términos “objeto” y “fenómeno transicional” se emplean para designar la zona intermedia de experiencia que existe entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, en otros términos, entre los fenómenos del chupeteo (por ejemplo, chupar el dedo pulgar) y el apego al objeto (osito, muñeca, etc.) Así, dicho autor hace referencia a “las primeras posesiones” del bebé, a la zona intermedia que hay entre lo subjetivo y lo que está fuera de esa subjetividad (lo externo) y este interés del niño pequeño por objetos distintos del yo acompañados por fantasías se van convirtiendo en objetos transicionales.

El juego tiene mucha relación con los fenómenos transicionales puesto que se juega en un tiempo y un espacio, y tiene la función de dominar lo que está afuera de nosotros. Winnicott (2013) expone que el procedimiento terapéutico a través del juego ofrece oportunidades para que la experiencia tome forma, y para que los impulsos creadores, motores y sensoriales puedan canalizarse, y así se entrelacen la subjetividad y la observación objetiva. De esta forma el juego se convierte en una zona intermedia entre la realidad interna del individuo y la realidad compartida del mundo que es exterior a él.

Resulta interesante también lo aportado por Agamben (2005) en el sentido de que los niños que juegan con cualquier trasto viejo que encuentran transforman en juguete aun aquello que pertenece a la esfera de la economía, de la guerra, del derecho y de las otras actividades que estamos acostumbrados a considerar como serias. Un automóvil, un arma de fuego, un contrato jurídico se transforma “de golpe” en juguetes y esto en absoluto significa descuido porque no hay atención que se compare con la del niño mientras juega, esta habilidad del niño, esta agencia activa representaría entonces una “nueva dimensión del uso”.

El gato que juega con el ovillo como si fuera un ratón, exactamente como el niño juega con objetos que pertenecieron a la esfera económica, por ejemplo, usa

conscientemente en el vado los comportamientos propios de la actividad predatoria (o, en el caso del niño, del mundo del trabajo). Éstos no son borrados, sino que, gracias a la sustitución del ratón por el ovillo, o del objeto de la esfera económica por el juguete, son desactivados y, de este modo, se los abre a un nuevo posible uso (Agamben, 2005.) Así pues, la creación de un nuevo uso es posible para la agencia del niño solamente desactivando un viejo uso y volviéndolo inoperante.

Por medio de lo postulado por Winnicott (2013) se plantearía entonces que hay una lucha del infante con el entorno, que puede satisfacer o no sus necesidades de dependencia, en este sentido a través de los fenómenos transicionales el sujeto se enfrenta con la pérdida de la omnipotencia si encuentra un entorno suficientemente bueno y flexible que le permita “poder enfadarse”, siendo la creatividad una afirmación de la existencia, esencial para la formación del símbolo.

## CAPÍTULO VIII

### *Reflexiones*

#### *El proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre*

Remitirse al duelo infantil desde una visión que considere a los niños como seres capaces de desarrollar recursos de afrontamiento y de valerse de herramientas de simbolización para poder transformar la “realidad penosa” que éstos afrontan por tener que “desprenderse” de un ser valioso y significativo que hacía parte de sus vidas y además tener que “privarse” de los acontecimientos o vivencias compartidas con ese ser querido ausente en forma irremediable, permite resaltar la interacción que se gesta entre el “mundo interno” del niño con la capacidad de “proyectar” al exterior “lo reprimido” en el inconsciente y de ese modo, “revelar” lo que le genera la pérdida.

El considerar la actividad “creadora” que despliegan los niños en sus juegos, dibujos, pasatiempos, rutinas cotidianas y la “identificación” gestada con el “héroe” de sus cuentos infantiles desde un efecto “tranquilizador” que “alivia su angustia” y les brinda una sensación de “dominio” frente a la situación penosa acaecida por la pérdida de un padre o madre, permitiría reflexionar en dichas actividades como acciones dotadas de sentido que pueden serles benéficas a los niños en momentos de tensión y conmoción emocional.

Con Freud (citado por Zorio, 2011) se observaba que el duelo no es un estado patológico y que no debe ser tratado como tal, puesto que para dicho autor es natural y necesario para que el sujeto afronte su situación de pérdida. ¿Qué implicaría entonces en los niños, teniendo en cuenta que éstos también dan respuesta a la vivencia de una pérdida? Pues bien, se considera también que el duelo infantil no es un estado patológico o ausente en los niños, teniendo en cuenta que en las dinámicas psicológicas, emocionales y contextuales de los infantes se

presentan impactos o repercusiones debido a la ausencia de su figura de apego y esta ausencia como refería Bowlby (citado por Moreno, 2014) crea una situación en el sujeto de peligro, ante la cual se desencadenan respuestas muy intensas. Traspolando lo anterior a lo que ocurre cuando un ser querido fallece, en este caso, cuando muere un padre o madre, se comprende que la pérdida afectiva produce la ruptura del vínculo con éste o con ésta, dejando al doliente en una situación de inseguridad y desestabilización, siendo necesario para el funcionamiento psíquico y emocional del infante desarrollar recursos internos de afrontamiento que le permitan durante su propio proceso de elaboración del duelo significar y re-significar lo generado por la pérdida.

Freud (citado por Mesa, 2012), manifestaba que el “trabajo de duelo” es en sí mismo un proceso, una elaboración, una formación, un tratamiento, en el que el sujeto trata lo real, o innombrable, lo enigmático, lo imposible de soportar de la muerte con lo simbólico, en el caso de los niños se concibe entonces que el trabajo de duelo en los niños implicaría un proceso o “trabajo interno” frente a la pérdida, necesario para que el dolor por la ausencia irremediable de una de sus figuras parentales de la infancia, pueda irse “tramitando” a través de procesos de resignificación que puedan a su vez transformar el afecto penoso en recursos que favorezcan en los infantes afrontar otras pérdidas que puedan acontecer a lo largo de sus vidas y les permitan otorgar un sentido a su propio existir a pesar de que el niño, como refiere Ihlenfeld de Arim, S, citado por Ungo, 2015), se enfrenta al dolor de la pérdida provocada por una ausencia irreversible que a su vez le anuncia el desvanecimiento de un vínculo proveedor de sostén.

Otro aspecto para reflexionar corresponde al relacionado con la importancia de los rituales como coadyuvantes en el proceso de duelo infantil, en este sentido se coincide con Díaz (2016), en cuanto a la importancia que tiene para los niños el poder participar en los ritos funerarios los cuales además de permitirles “sentirse parte de la familia y participar del apoyo social”, les permite compartir junto con sus familiares y personas más cercanas lo inherente al tratamiento simbólico conferido al difunto, la expresión emocional frente a la pérdida, ajustarse a un ambiente en el

que la figura parental está ausente, siendo necesario “reubicarla” dentro de la propia vida y encontrar maneras de conmemorarla.

*Ahora bien, ¿Cómo los niños desarrollan un papel activo durante el proceso de elaboración del duelo por la pérdida de un padre o madre?*

Pues bien, se considera que el niño no es un “receptor pasivo” del contexto en el que se encuentra puesto que los infantes son seres que buscan construir respuestas y otorgar significados a partir de las interacciones con sus familiares, cuidadores y demás personas cercanas a ellos. En efecto, puede hacerse referencia a aquellos niños que son capaces de expresar su dolor, de hablar de la muerte con otras personas, de manifestar sus pensamientos, inquietudes, ideas, emociones y sentimientos en relación con la pérdida que se presenta.

Lo anterior, hace pensar no solamente en lo valioso para el psiquismo del infante el poder disponer de relaciones vinculares favorables con su familia, con el entorno y por supuesto con el progenitor que lo acompaña en el proceso de duelo por la pérdida, sino también en un niño que durante su proceso de desarrollo incluso en situaciones de dolor como lo menciona Leader (2008, p.25 ) generada por la “pérdida de una relación humana muy querida”, es un ser activo que interacciona con un entorno cultural, familiar, social, comunitario y que dispone de una vida anímica y afectiva propia dinamizada por los vínculos afectivos y de apego significativos.

En concordancia con Aberastury (citado por Ungo, 2015), se considera que los niños logran plantearse interrogantes ante las conflictivas existenciales como la muerte frente a los cuales éstos buscan dar respuesta a partir de su imaginación o ingenio, o a través de su relación con el otro influidas a su vez por aspectos individuales, culturales, sociales, religiosos, familiares en las que el niño como ser activo se pregunta y se manifiesta a través de comportamientos y expresiones perceptibles como el llanto, la rabia, la tristeza, la oposición desafiante, el temor.

En este sentido, se encuentra en discrepancia con autores como Martha Wolfenstein (citada por Worden, 2013), para quien los niños no pueden elaborar un duelo hasta que no tienen formada por completo su identidad, lo que se produce al final de la adolescencia, puesto que esto implicaría que no sólo frente a la muerte de uno de los padres sino también frente a las “pérdidas” o “desafíos” que los niños vivencian a lo largo de sus vidas como los cambios psicológicos, familiares y sociales, la “pérdida de los privilegios” cuando se deja de ser “pequeño o bebé”, el cambio de amigos, el nacimiento de un hermano, el cambio de escuela o de residencia, la muerte de una mascota, etc. éstos permanecerían inmóviles o inmutables frente a la relación con su entorno sin capacidad de resignificar las situaciones que vivencian, imposibilitados para crecer interna y externamente y pero aún sin una capacidad resiliente desde la infancia.

Además, podría considerarse también que los anteriores cambios o transformaciones vivenciadas por los niños los van dotando de habilidades o recursos de afrontamientos que podrán ser favorables cuando se produzcan nuevas pérdidas. Esto último no quiere decir que, en relación con la pérdida por muerte, en el proceso de duelo en los niños, no se presente un periodo de angustia, malestar o desasosiego en los mismos, lo que se pretende expresar es que, como refieren Narváez, Salas, Zambrano, (2016) el menor lo expresa de una manera diferente a la de un adulto, pues éste exterioriza su pena por vía de la palabra y la forma en que un niño lo hace puede valerse del juego, los cuentos e incluso de los dibujos.

Al considerar que los niños no tienen las mismas representaciones que los adultos con respecto a la muerte y a lo que implicaría la pérdida de un ser querido, en el presente caso, de un padre o madre, se plantearía entonces que los niños pueden tener diferentes recursos de elaboración con sus características propias o particulares en cuanto a sus formas de significar y resignificar, de expresar sus sentimientos, pensamientos, inquietudes, de tramitar psíquicamente la ausencia generada por la pérdida.

Lo expuesto permitiría entonces analizar los aspectos del duelo que son específicos a la infancia y que lo diferencian del duelo adulto y reflexionar acerca de planteamientos como “el niño no entiende lo que está viviendo”, lo cual implicaría que los niños no serían capaces de darse cuenta como mínimo que algo ha cambiado en su entorno, frente a esto se concibe entonces que el niño independientemente de su edad o madurez cognitiva no es ajeno a lo que sucede a su alrededor y menos aún a lo que sucede en su entorno familiar, algo diferente es el considerar que pueden manifestarse cambios en la forma como los niños expresan y elaboran el duelo.

Otro planteamiento común consiste en considerar “que al ocultar el dolor a los niños éstos serán más felices”, esto además de negar al infante el formar parte del proceso doloroso que conlleva la muerte de un ser querido en la familia, obstaculizaría el desarrollo de habilidades necesarias para afrontar favorablemente otras situaciones complicadas o dolorosas que se puedan presentar a lo largo de la vida del niño, además es inevitable el hecho de que los niños en algún momento de su existencia vivencien o experimenten el dolor ante alguna pérdida sea esta física, afectiva, material, etc.

El hecho de que los adultos “oculten sus sentimientos de dolor” frente a los niños puede propiciar que éstos también oculten sus sentimientos, que repriman sus emociones, o peor aún que puedan sentirse culpables por “hacer sentir mal al progenitor que lo acompaña o demás familiares” al permitirse expresar sentimientos de tristeza, angustia o sufrimiento.

Lo planteado anteriormente, converge con lo planteado por Donzino y Aberastury (citados por Ungo, 2015) en el sentido de que el silencio, las mentiras o las explicaciones falsas otorgadas por los adultos generadas por la creencia errónea de protección a los pequeños, y con la premisa de que estos ignoran y no se plantean conflictivas con relación a la muerte de un ser querido, producen un extrañamiento e intenso dolor en el pequeño, asemejándose al pensamiento primitivo que considera que negando el dolor mágicamente se le anula.

Winnicott (citado por Narváez, Salas, Zambrano, 2016), manifestaba que los adultos tienden a suponer que los niños se recuperan rápidamente ante cualquier acontecimiento, incluyendo la pérdida, suponiendo que eso que le aflige será olvidado pronto. Frente a esto, si bien se considera que es relevante para los niños el que estos puedan ir desarrollando las tareas relacionadas con el duelo por la pérdida del padre o la madre, lo cual propicie repercusiones positivas o favorables en sus vidas, esto no implica que los niños no requieran de un tiempo para elaborar el duelo, que más allá de definirlo en términos cronológicos resultaría necesario el tener en cuenta además como expresan Ortego, López (citados por Arcila 2017), la relevancia de las circunstancias en las que ocurre el suceso (en este caso la pérdida del padre o la madre) y la forma en que el núcleo familiar y su entorno reaccionan y afrontan dicho evento.

Con base a lo anterior, la idea sobre “el tiempo lo cura todo” podría cuestionarse también puesto que el paso del tiempo implicaría poner distancia con el acontecimiento de la muerte en sí, pero esto no implicaría necesariamente que disminuya “mágica” o vertiginosamente el grado de afectación que supone el duelo o que tal vez los “sentimientos penosos” puedan resurgir incluso en la edad adulta. Como manifestaba Worden (2013) es importante tener presente que el duelo puede no acabar de la misma manera para un niño que para un adulto, porque el duelo por una pérdida de la infancia se puede revivir en muchos momentos de la vida adulta si lo reactivan acontecimientos vitales importantes. El hecho de que este duelo se reactive es un paso más en su elaboración y no presagia necesariamente una patología.

Entonces, *¿Con qué herramientas de simbolización pueden contar los infantes que pueden resultar a veces más eficaces que las de los adultos? ¿Qué recursos pueden ser utilizados por los niños para elaborar el duelo por la muerte de uno de sus padres?*

Partamos de la consideración en conformidad con lo planteado por Worden (2013) en el sentido de que los niños son capaces de elaborar el duelo, pero hace

falta encontrar un modelo de duelo que encaje con ellos en lugar de imponerles un modelo adulto. En este sentido, se considera, por un lado, a los *cuentos de hadas*, *el juego y el dibujo como recursos de simbolización para tramitar el dolor*, los cuales permiten a los niños exponer sus ansiedades, angustias, emociones y aspiraciones, identificarse con personajes que al igual que ellos afrontan dificultades, dando relevancia a sus conflictos y a sus formas particulares de representar los cambios presentes en su entorno frente a la pérdida de un padre o madre.

Por otro lado, se considera significativo el concebir al niño como un constructor en potencia de su realidad, que dispone de experiencias particulares brindadas por la cultura y el entorno familiar y social en el que se inserta, además de su imaginación, fantasías, deseos, capacidad de resiliencia, haciendo que su vivencia de la pérdida y el proceso de duelo tengan para el niño o niña un significado, una representación, unas formas vivenciales e implicaciones en su vida cotidiana.

Al considerar que los cuentos de hadas tienen inherentes aspectos intelectuales, emocionales y espirituales, que estimulan la imaginación y a través de la narrativa posibilitan en los niños el tener contacto con metáforas y “realidades” en las que éstos puede desarrollar un proceso propio de elaboración de significados para afrontar la vivencia de la pérdida, podría pensarse en estas historias como herramientas que permitirían recordar, validar y conmemorar lo acontecido al ser querido que ya no está en un plano material o físico pero que sigue estando presente en la vida anímica del infante.

En convergencia a lo expuesto por Bettelheim (1977) y Narváez, Solano, Zambrano (2016), se resalta la importancia relacionada en la identificación que el niño logra desarrollar con los héroes de los cuentos de hadas, puesto que, en el protagonista del cuento, el niño proyecta su propia historia pudiendo explorar y enfrentar la realidad penosa otorgándoles un sentido a sus percepciones del mundo externo movilizand la reelaboración de acontecimientos penosos que no pueden ser tramitados por vía de la palabra.

Cabe resaltar como recurso significativo en los infantes la capacidad de organizar o dar “coherencia” a la interacción que tienen con las personas de su contexto y de transformar como en los cuentos su propia historia de acuerdo con las circunstancias de su entorno, permitiéndoles como mencionaban (García, Mellado y Santillán, 2010) asimilar contenidos, sentimientos, pensamientos y significados que incorporan con base en su vivencia de la pérdida.

Continuando con este camino de reflexiones, apreciando *el duelo infantil como un puente entre el dolor y la posibilidad de seguir creciendo*, y resaltando también los aspectos significativos del juego y el dibujo infantil, se considera, por un lado, que, en el juego, el niño tiene la posibilidad de “lidiar con la pérdida” insertando elementos del mundo externo en un nuevo orden que le agrada, sin que esto genere que el infante confunda “la realidad” con su mundo de juego, proyectando sus afectos, pensamientos, fantasías y deseos en los elementos palpables y visibles que hacen la vez de sus juguetes o elementos materiales de juego.

Así pues, podría considerarse que en el juego infantil se presente una función catártica que a través del carácter de elaboración que el juego contiene por el mecanismo de simbolización, le permite al niño como decía Freud (citado por Garaigordobil, 2008) elaborar lo que resulta excesivo para su “yo”, repitiendo en sus juegos todo aquello que en la vida les ha causado una intensa impresión como es el caso de la pérdida de un padre o madre, siendo significativo para el psiquismo infantil tanto por las intenciones de adaptación como por el sentido de la realidad que se conserva.

Lo anterior, estaría en convergencia con el punto de vista de Klein (citada por Garaigordobil, 2008) en el sentido de que el juego es un medio que le ayuda al niño en la superación de sus sentimientos de pérdida y aflicción, en el que el niño no sólo vence las realidades dolorosas, sino que también domina sus miedos internos proyectándolos al exterior gracias a su temprana capacidad de simbolizar y proyectar, haciendo posible un “puente entre fantasía y realidad”. Por tanto, la proyección de todos los conflictos y de la angustia que puede acompañar a los niños en la realidad externa que enmarca la pérdida de una figura paterna o materna, les

permite a éstos una mayor comprensión de la realidad y un alivio de la ansiedad interna generada por dicha pérdida.

Por otro lado, a pesar de que a simple vista puede observarse al juego y al dibujo como dos herramientas de simbolización distintas, se encuentra interesante que lo planteado por Pallares (2011) acerca del dibujo coincide a lo planteado por Klein (citada por Garaigordobil, 2008) en relación con el juego, en este sentido la primera autora apunta que en el dibujo (al igual que en el juego) los niños satisfacen la necesidad de socializar su mundo interior, proporcionándoles un lugar seguro desde el cual pueden tener control de la realidad externa y proyectar una realidad interna.

En consecuencia, el dibujo puede también revelar los sentimientos más íntimos de los niños con base a lo que éstos perciben o construyen frente a la pérdida de uno de sus padres, lo que no podría descubrirse con sólo preguntar, por tanto, el dibujo es un medio para que los niños puedan expresarse libremente, puedan expresar la visión propia del mundo que los rodea ahora que su padre o madre no están, reuniendo elementos diversos de su experiencia con un nuevo significado, configurándolo también en un mecanismo liberador, expresivo y terapéutico.

Así pues, en el dibujo el niño intenta organizar su mundo a través de las escenas que “recrea” con la intención de vencer miedos, amenazas e incertidumbres, permitiéndole a su vez la posibilidad de seguir manteniendo sus vínculos afectivos con las personas importantes de su vida, aún en su ausencia, al considerar que el dibujo como rasgo característico deja “una huella”, un “testimonio” en los trazos que elabora el niño.

Considerando lo planteado por Bruner (1991) y planteando una capacidad de agencia en el niño, se remitiría entonces a la “sensibilidad del niño al contexto” puesto que su acontecer psíquico y afectivo se relaciona y se “pone en funcionamiento” con las acciones y las expresiones de otros seres humanos en los determinados contextos sociales que interactúa, siendo posible “construir narrativas

alternativas” ante la pérdida de un padre o madre y poder actuar de acuerdo con tal construcción.

De acuerdo con Bruner (1991) existe un impulso humano para organizar la experiencia de un modo narrativo, esto podría relacionarse entonces con la especial relación de los niños con los cuentos infantiles, con el juego, el dibujo, etc. resaltando la relevancia no sólo de la habilidad de los niños para comprender y producir historias, para tranquilizarse o asustarse al escucharlas, sino también para desarrollar una agencia u acción desde su acontecer psicológico, afectivo, social y cultural en el curso de una historia relacionada con la pérdida de uno de sus padres.

Por tanto, las narraciones que los niños puedan generar frente a la situación de pérdida permitirían proporcionar un sentido a esa situación penosa ocasionada por la ausencia de uno de sus progenitores y dada la presencia continua de narraciones en el mundo de los niños éstas se manifestarían entonces como un recurso para incorporarlos no sólo en la vivencia de la pérdida sino también en su comprensión.

Se considera entonces que la narración puede hacer comprensible lo sucedido en el caso de la pérdida de un padre o madre, contrastándolo con lo que hace parte de la “nueva realidad” en la vida del infante aun cuando el hecho de comprender lo sucedido no haga que para el niño dicha situación sea agradable, pero lo hace pertenecer a una “cultura viable” al estar ligado a un conjunto de historias interconectadas en las que cada uno tiene la capacidad para narrar su propia experiencia.

Así pues, el hecho de que los niños puedan narrar historias a partir de lo sucedido les brindaría la posibilidad de hacer de la “realidad penosa” una “realidad atenuada” y a partir de los modelos y procedimientos a los cuales los niños accedan para perfeccionar sus habilidades narrativas se van formando en seres capaces de sobreponerse a los conflictos y contradicciones que genera la vida y la muerte en la sociedad y en la cultura.

En concordancia con Winnicott (2003) se concibe que el niño presenta la capacidad para crear, idear, imaginar, producir, y por medio del fenómeno transicional y su concomitante acto creativo expresan la capacidad del niño para desarrollar la posibilidad de simbolización. El espacio transicional sería entonces el escenario de la capacidad creadora que implicaría una continuidad puesto que si bien la posesión no-yo empieza a aparecer desde los cuatro a seis meses esta capacidad creadora prosigue en la adultez. Así pues, el mundo comienza a tener de manera paulatina una significación particular para el sujeto creador permitiéndole compartir su realidad con sus semejantes manifestándose en el presente caso en el proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre.

Con base a lo expuesto y para finalizar el presente capítulo de reflexiones en torno al *proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre*, por un lado, se considera fundamental tener en cuenta que para desarrollar procesos de comprensión, abordaje, atención, apoyo y acompañamiento en torno al proceso de elaboración del duelo en niños por la pérdida de un padre o madre, es necesario trascender a los aspectos “individuales” relacionados con el desarrollo cognitivo o la edad cronológica de los niños, lo cual no quiere decir que éstos no constituyan elementos importantes para tener en cuenta, lo que se resalta es la relevancia de una visión integral que tenga en cuenta los aspectos socioculturales y del ambiente familiar, los recursos internos y externos de afrontamiento, las herramientas de simbolización, en el que el propio niño, los adultos y acompañantes significativos del infante dan sentido a las vivencias que afrontan, siendo posible resignificar situaciones dolorosas como es el caso de la pérdida de un padre o madre.

Por otro lado, se considera relevante y significativo el abordar los recursos y herramientas de simbolización empleadas por los niños como “puentes” o “medidas de contención y protección”, que procuran una “tramitación” de la vivencia dolorosa que atañe una pérdida, y en la que la “realidad de la muerte” y el proceso de duelo

pueden presentarse en la actividad elaborativa del niño, cuyos puentes les ayudan a elaborar un proceso doloroso, abriendo la posibilidad para que estos niños puedan seguir creciendo a través de su sueños, creatividad y de la expresión particular de su propio mundo interno, “hablando” de sí mismos y de su relación con otros mediante dinámicas que procuran “canalizar” algo del sufrimiento.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agamben, Giorgio (2005). Profanaciones. F. Costa y E. Castro (Trad.). Filosofía e Historia. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Arcila, O (2017.) El duelo infantil por la pérdida de un ser querido y las diferencias con el duelo del adulto. Recuperado de: <http://repositorio.ucp.edu.co:8080/jspui/bitstream/10785/4876/1/DDEPCEPN A79.pdf>

Bettelheim, B. (1977). Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Barcelona, España: Editorial Crítica, S.L.

Bruner, J (1991) La entrada en el significado. En: Actos del significado. Madrid: Alianza.

Cardona, J. & Vasco, L. (2013.) Trabajo de duelo en sobrevivientes de la masacre en la vereda Alaska zona rural de Guadalajara de Buga. Recuperado de: <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/9297/1/CB-0513935.pdf>

Castañeda, E. (2015.) Infancia, un tema clave para el posconflicto. Recuperado de:  
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16072455>

Cerón, M. & Saldarriaga, M. (2005). *Exploración de los procesos de duelo en adolescentes ante la muerte violenta de la figura paterna*. (trabajo de grado de pregrado). Universidad del Valle, Buga.

Cohen, S (2012.) Del garabato al dibujo. Una mirada diacrónica del dibujo infantil. Recuperado de:  
[http://www.academia.edu/7897691/El\\_ni%C3%B1o\\_y\\_el\\_dibujo](http://www.academia.edu/7897691/El_ni%C3%B1o_y_el_dibujo)

Díaz Facio Lince, V. (2003.) Del dolor al duelo. Medellín: Universidad de Antioquia. pp. 100-107.

Díaz, P. (2016.) Hablemos de duelo. Manual práctico para abordar la muerte con niños y adolescentes. Fundación Mario Losantos del Campo. Madrid: España. Recuperado de:  
<http://www.fundacionmlc.org/uploads/media/default/0001/01/guia-duelo-infantil-fmlc.pdf>

Freud, S. (1917.) Duelo y melancolía. En: *Obras completas*. Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1991.) El proceso primario y el proceso secundario. La represión. En: *Obras completas*. Vol. 5. Buenos Aires: Amorrortu.

Garaigordobil, M (2008.) La teoría traumática de Freud y el método lúdico de análisis infantil de Klein. ISSN 1130-6084, No. 107. pp.9-13. Recuperado de: [http://www.sc.ehu.es/ptwgalam/art\\_completo/infancia2008.pdf](http://www.sc.ehu.es/ptwgalam/art_completo/infancia2008.pdf)

García, R; Mellado, A & Santillán, L (2010). Pérdida y duelo infantil: una visión constructivista narrativa. *Alternativas en Psicología*, 15(23), 58-67. Recuperado de: [http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-339X2010000100007&lng=pt&tlng=es](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-339X2010000100007&lng=pt&tlng=es).

Gómez, M. (2004.) La pérdida de un ser querido. El duelo y el luto. Madrid: Arán Ediciones.

Leader, D. (2008.) La moda negra. Duelo, melancolía y depresión. E. Corona Aguilar (Trad.) México D.F: Editorial Sexto Piso.

Mazaira, J. y Gago, A. (1999.) Efectos del fallecimiento parental en la infancia y la adolescencia. Revista asociada especialista en neuropsicología. Vol. XIX, N° 71, pág., 407 – 418.

Mesa, C. (2012.) El duelo es un trabajo. Recuperado de: [http://tesis.udea.edu.co/bitstream/10495/2887/1/MesaClara\\_duelotrabajo.pdf](http://tesis.udea.edu.co/bitstream/10495/2887/1/MesaClara_duelotrabajo.pdf)

Moreno, T (2014.) Prevención de duelo complicado en niños. "Guía didáctica: el camino en el duelo". Trabajo fin de máster, Universidad de Córdoba. Recuperado de: <https://helvia.uco.es/xmlui/bitstream/handle/10396/13474/Teresa%20Moreno%20TFM%2013-14%20Prevencion%20DC%20Ni%C3%B1os.pdf?sequence=1>

Narváez, L; Salas, I; Zambrano, C. Diseño de un cuento infantil para niños y niñas que favorezca el procesamiento del duelo por pérdida. Revista PUCE. ISSN 1390-7719. Núm.103. Recuperado de: <http://www.revistapuce.edu.ec/index.php/revpuce/article/view/35>

Pallares, D. (2011). La acción terapéutica del dibujo en el infante. *Pensamiento Palabra Y Obra* (5). Recuperado de: <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/revistafba/article/view/539/525>

Ungo, C. (2015.) "La función del cuento infantil en la elaboración del duelo en niños". Montevideo: UR. FP, 2015. Recuperado de: <https://sifp.psico.edu.uy/sites/default/files/Trabajos%20finales/%20Archivos/final-fabian.c0.pdf>

Uribe, N (2009.) El dibujo y la simbolización en algunos casos de maltrato infantil. Una mirada psicoanalítica. *Affectio Societatis* N° 10. Recuperado de: <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ElDibujoYLaSimbolizacionEnAlgunosCasosDeMaltratoIn-3988672.pdf>

Winnicott, D. W (2003.) Realidad y juego. Buenos Aires: Editorial Gedisa

Worden, J (2013.) El tratamiento del duelo. Asesoramiento psicológico y terapia. 4ª Edición. Genís Sánchez Barberán (Trads.) Barcelona: Editorial Paidós

Zorio, S (2011.) El dolor por un muerto-vivo. Una lectura freudiana del duelo en los casos de desaparición forzada. Universidad Nacional de Colombia. Sede Bogotá. Recuperado de:  
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/27261/27536>